



ESTUDIANANTINA

LETRAS, CRITICA Y ARTE



HOMENAJE A
ROMAIN ROLLAND



Revista publicada por Estudiantes
del Colegio Nacional de La Plata (R. A.)

AÑO III - Febrero 1927 - N°. V y VI



Estudiantina

Revista de Letras, Crítica
y Arte, publicada por Es-
tudiantes del Colegio Nacio-
nal de La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle 1 esquina 49 (Colegio Nacional)
LA PLATA (R. A.)

Administradores:

ANDRÉS RINGUELET Y
HÉCTOR J. BASSO

**Corresponsales en la Escuela
Nacional de Comercio**

BENIGNO RODRIGUEZ E.

□□

Condiciones de venta

Número suelto \$ 0.50

□□

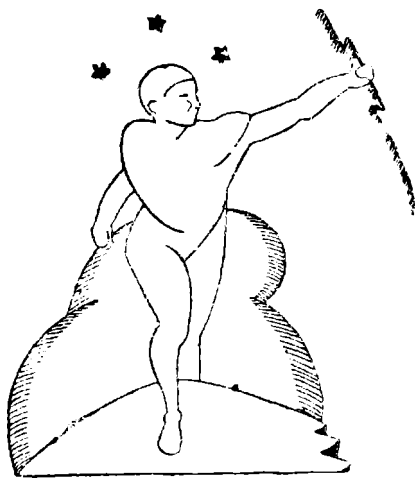
Toda correspondencia de redac-
ción a nombre del director
Diag. 77 núm. 1016

Toda correspondencia, publica-
ción de avisos, suscripciones,
etc. a nombre de los adminis-
tradores.



ESTUDIANTINA

LETRAS
CRITICA
Y ARTE



DIRECTOR:
JUAN MANUEL VILLAREAL

Revista publicada por Estudiantes del
Colegio Nacional de La Plata (R. A.)

AÑO III

Febrero 1927

Nº V y VI

Número dedicado a Romain Rolland

COLABORACIONES DE

ALFREDO L. PALACIOS - JUANA DE IBAR-
BOUROU - F. MÁRQUEZ MIRANDA - E.
SUÁREZ CALIMANO - ALBERTO PALCOS -
CARLOS SANCHEZ VIAMONTE - R. HAYA
DE LA TORRE - LUIS E. HEYSEN - CARLOS
M. BIANCHI - ANDRÉS RINGUELET - HÉC-
TOR J. BASSO Y SAÚL SILVA

TROZOS DE

ROMAIN ROLLAND, sobre Teatro nuevo;
« Del amor y de la muerte », argumento y
escena IX; Carta a Haya de la Torre.

NOTAS DE

Jorge Basadre, Alberto Einstein y Una-
muno

ADHESIONES DE

DIÓGENES - CÓRDOBA - MARTÍN FIERRO
REVISTA DE FILOSOFÍA - NOSOTROS - ARIEL
ACCIÓN CÍVICA - VALORACIONES - SAGITARIO



ROMAIN ROLLAND

Por Guillermo Korn



Homenaje a Romain Rolland

ESTUDIANTINA rinde, en las páginas que forman este número, el homenaje de su admiración y su respeto a un gran amigo de la juventud idealista: Romain Rolland. Admiración a un hombre libre, que supo decir su verdad contra todos y por todos. Respeto a una vida hecha un cotidiano ejercicio de heroísmo.

La juventud necesita hoy más que nunca fuentes de energía moral donde abrevar el espíritu y fortalecer el corazón deprimido por un ambiente de falsedad y mentira; las almas nuevas requieren maestros y no ídolos. Por desgracia sobran los ídolos que adoran en su inconciencia las multitudes envilecidas y no podríamos descubrir a nuestros compañeros de jornada cual es el maestro capaz de orientar los cerebros jóvenes en el dédalo de la vida contemporánea. Ya que falta el maestro, descubramos al amigo, al apóstol de los que luchan y creen en el triunfo del hombre; al amigo capaz de encender las almas con un soplo de Justicia, tan necesario en estos días de mentiras, de odios e injusticias universales.

Alguien ha dicho que sin heroísmo la humanidad no puede vivir. Tratemos entonces los nuevos que esas fuentes vitales sean nutridas por jornadas de paz, de cultura y bondad. Romain Rolland sintetiza en su obra y en su vida esa triple heroicidad en la que los jóvenes debemos nutrir nuestros corazones para la lucha cada día. Por ello y como testimonio de adhesión y gratitud a ese amigo de la paz, de la verdad y la justicia, ESTUDIANTINA le dedica este homenaje cordial.

D e A l f r e d o L. P a l a c i o s

Señor Juan Manuel Villareal.

Estimado y joven amigo:

Con íntimo placer me adhiero al homenaje que organiza ESTUDIANTINA en honor de Romain Rolland.

Por su vida y por su extensa y meritoria obra, constituye Rolland uno de los más elevados espíritus y de los más sensibles de la conciencia europea, en el sentido del humanismo y de la universalidad. Ha hecho de la humanidad su verdadera patria. Ha dado la sensación de conciencia humana, sobreponiéndose a los imperativos de la raza y de la sangre, en el momento mismo en que el mundo se desgarraba, frenético de luchas fratricidas, y su propio país se debatía, resistiendo con un esfuerzo homérico, bajo la amenaza del posible triunfo germánico. La actitud de Rolland, en esa ocasión, fué sobrehumana, y si su patria, en aquel momento pudo considerarla una defección, tiempo vendrá en que la juzgue un motivo legítimo de orgullo. Hoy que ya se han disipado los velos más o menos idealistas y románticos que envolvieron la trágica contienda, poniendo al descubierto los móviles subalternos de imperialismo capitalista, el símbolo verdadero de Francia, para el mundo, no son sus generales triunfadores, ni sus políticos dirigentes, sino el fuerte, el preclaro Romain Rolland que supo mantener erguida y luminosa, en medio de la tormenta, la antorcha generosa de su espíritu.

Y no sólo respecto de su país, sino para todo el occidente, ha ejercido Rolland esa función de vigía que atalaya los nuevos horizontes y señala los peligros, al revelar la apostólica figura y la obra redentora de Mahatma Gandhi. Hay mucho de religioso, de la futura religión del hombre, en la noble, abnegada actitud del autor de las "Vidas Ejemplares" y en su fecunda labor orientadora. Tales vi-

das ejemplares, lo son verdaderamente, y en el más alto sentido, tanto en el aspecto ético como en el concepto artístico.

Ese infatigable artífice del alma humana, es, pues, a la vez, un maestro de energía, un austero sacerdote de la religión civil futura del espíritu y un precursor de la humanidad.

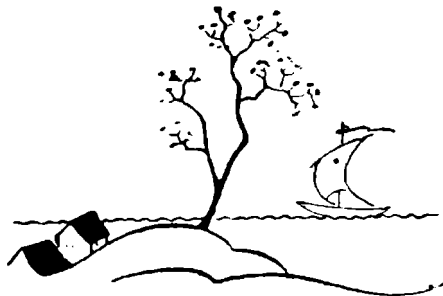
Le felicito efusivamente por su iniciativa y le reitero la expresión de mi afecto.

Alfredo L. Palacios.

Bs. Aires, 1926.

De Juana de Ibarbourou

Romain Rolland es la conciencia más libre y más clara que tiene el mundo de Occidente. Cuando todos los hombres se dejaron arrastrar por el vértigo de la gran guerra y la Justicia se perdió en el caos, él fué el Justo; cuando todos los espíritus se oscurecieron en el error total y la pasión oscureció el alma de cada hombre, él fué el único vidente que se sostuvo en la luz. “Juan Cristóbal”, “Clerambault” y las “Vidas Ilustres” son sus palabras que la Humanidad tendrá que agradecerle, como las únicas que en el primer cuarto de este siglo, pueden redimir a toda una raza, de una ceguera y una locura que aún no sabemos cómo pudieron cuajar en ella. — **Juana de Ibarbourou.**



Escorzo de Romain Rolland

por

F. MÁRQUEZ MIRANDA

PORTADA

LA obra literaria de Romain Rolland es la historia del continuado esfuerzo de un optimismo inquebrantable, el camino desembarazado de un pensamiento neto que no se traiciona. En su labor constante — pese a su exterior, en veces caótico — puede notarse una sólida unidad espiritual. Así como las ideas filosóficas que la animan están contenidas en una incontrastable tesis de juventud, las doctrinas políticas y estéticas que la informan no son producto de un culpable apresuramiento. Ante la obra estrecha y tendenciosa de sus contemporáneos, Romain Rolland representa al Europeo, al intelectual que aspira a no reducir su acción a una parcela del territorio político, sino a ser uno de los directores espirituales del hombre occidental.

No es éste un escritor que agrade al público fácil, que gusta de ser adulado. No es el autor del *snob*, ni de la *horizontal*. Ocupa en la moderna literatura francesa un puesto de excepción. Continuando la serie de vastos frescos que comenzaron Balzac y Zola, concibe grandes obras cíclicas, en las cuales — más amplio aún su pensamiento que el de los autores de la “Comedia Humana” o de la historia de Los Rougon-Macquart — intenta mostrar, no un mundo tumultuoso de seres extraños, ni el estado de la sociedad de un país determinado, sino las características de la vida de una generación europea que se va, de la generación a que pertenece. Contemporáneo de los seres cuya vida nos muestra, la palabra de sus creaciones suena con un timbre humano y verdadero. Por su boca nos llega la voz de Rolland. Es así cómo plantea y escribe su colosal *Jean Christophe*, magno ciclo que comprende diez volúmenes y, a su conclusión, cuando tememos que este esfuerzo pueda haberle

agotado, le vemos proponerse la realización de otra “sinfonía” *L’Ame Enchantée*, cuyas dimensiones no han de ser menores. Nada pinta mejor que esta somera referencia, la capacidad de trabajo de este hombrecillo de salud frágil y de voluntad intensa, que tiende a ser el profeta de una época en que ya no hay profetas...

II

LA MUSICALIDAD EN ROLLAND

Romain Rolland es el único, entre los literatos de su generación y de su patria, que posee una sensibilidad eminentemente musical. Iniciado por los cuidados maternos, a la más temprana edad, en su conocimiento, allá en el solar paterno y borgoñón de Clamency, Romain Rolland crece y se desenvuelve sintiendo definirse — como una ley personal e instintiva — el poder creciente y el dominante influjo de los ritmos sonoros. Ellos le acompañan en la iniciación de sus estudios. Paul Claudel, su camarada de Louis-le-Grand, ha de recordar, mucho tiempo después, sus charlas sobre música, y más tarde, en aquel gran seminario de la calle de Ulm, que es la Escuela Normal, ha de oponer a la búsqueda preciosista de Andrés Suarés, o a la investigación psicológica de Georges Dumas, sus compañeros preferidos, el vago encanto de alguna melodía acariciante. A lo largo de los años, su gusto se afina y su cultura se amplía. Al placer educativo se une, ahora, el conocimiento profundo de las obras y de los autores. Y cuando llega el momento del egreso definitivo de las aulas, si su monografía latina versa sobre la pintura italiana del 1500 ⁽¹⁾, su tesis francesa desenvuelve — por la primera vez en la docencia normalista — un tema musical, ilustrado musicalmente ⁽²⁾; obteniendo la *mention très honorable*, que era la más alta clasificación a que podía aspirar.

La música, que es “el canto de los siglos y la flor de

(1) Romain Rolland. “Cur ars picturae, apus Italos XVI Saeculi deciderit”, París, Fontemoing, 1895.

(2) Romain Rolland. “Les origines du théâtre lyrique moderne.” “Histoire de l’Opéra en Europe avant Lully et Scarlatti.” París, Fontemoing, 1895. Tesis del doctorado en letras.

la historia” (1), es su elemento natural. Tanto que, en un momento dado, piensa abandonarlo todo por ella. Pero, él mismo lo ha confesado, este pensamiento excesivo sólo le preocupa un instante. Y así como ha entrado victoriosamente en la literatura por el camino de la música, “es bien probable — exclama — que hubiese regresado a la poesía por el drama musical”. Es que en él, la unión de ambas formas se opera de consuno. Romain Rolland piensa con sonidos al propio tiempo que con palabras. Es un auditivo y no un visual. “Mi estado de espíritu — dice en una carta publicada por Bonnerot — es siempre el de un músico y no el de un pintor.” Muy joven aún, y desconocido, escribe a Tolstoy cuyas ideas sobre arte le han desconcertado, y el solitario de Yasnaia Poliana le responde largamente. Durante cerca de tres lustros, Rolland guarda celosamente aquella respuesta hasta que, dándola al público que Peguy había reunido en torno a sus *Cahiers de la Quinzaine*, la precede de un comentario en el que leemos: “...desde la infancia me nutría de arte, sobre todo de música; no hubiera podido pasarme sin ella; puedo decir que la música era un alimento tan indispensable a mi vida como el pan” (2). Esta apetencia musical ha de ser el objeto de sus mayores cuidados, la amplia portada por la que han de llegarle los más preciados dones. Ella le asegura la selecta amistad de Malwida de Meysemburg — la fraternal amiga de Nietzsche — ya entonces senescente, a la cual conoce en Roma bajo los auspicios de Gabriel Monod. Ella ha de recordar, en su diario íntimo, a aquel joven romántico que une a su conocimiento de los clásicos, su amor a los paseos por la selva encantada de los sonidos. Más tarde, cuando ya la celebridad comienza, la Sorbona le crea la cátedra complementaria de historia del arte, que dicta desde 1904 hasta 1912, con largas intermitencias, y en la que describe la vida y la obra de algunos de sus músicos preferidos, particularmente de Haendel, ilustrándola con audiciones en las que el conferencista cede la plaza al “virtuoso”. Cuando, en 1910, un desgra-

(1) Romain Rolland, “Musiciens d’autrefois”, París, Hachette, p. 9.

(2) Romain Rolland. Prefacio a la carta inédita de Tolstoy, en los “Cahiers de la Quinzaine”, 9e. cahier, 3me. série.

ciado accidente hace temer, por un instante, en la suerte de uno de sus brazos, lo que más le aflige, al comenzar su convalecencia, es que deba permanecer cerrado su “querido” piano. Es que “todo es música para el corazón de un músico... Todo lo que existe es música. No se trata más que de oirla.” (1). Y el autor de las *Vidas Heroicas* oye cuanta puede. No sólo del incomparable Beethoven, el más heroico de sus héroes, de Haendel — ese genial improvisador, cuya producción antes que a un público de *snobs* está dirigida al pueblo todo, de Mozart, de Gluck, sino que — través del oceánico Wágner, de quien siente fuertemente el influjo — llega a embriagarse con la sabia polifonía del Debussy de *Pelléas et Mélisande* del Strauss de la *Sinfonía Doméstica*, y de aquel genial Wold cuyo talento se convirtió en locura en plena juventud. Toda la obra de Rolland — o, al menos, su parte más representativa — será, así, gestada, bajo una suerte de inspiración musical.

III

JUAN CRISTOBAL

Tal es evidente en su obra principal, en su *Juan Cristobal*. Para ninguna como para ella parece escrita esta confesión de su autor: “Concibo primero como una nebulosa la impresión musical del conjunto de la obra, después los motivos principales y, sobre todo, los ritmos, no sólo de la frase aislada, cuanto de la continuidad de los volúmenes en el conjunto, de los capítulos en el volumen, de los párrafos en el capítulo. Me doy cuenta de ésta es una ley instintiva. Ella dirige todo lo que escribo”. (2)

Claro está que los que han leído separadamente los diez tomos de su novela magistral, a medida que ellos iban apareciendo en librería, no pueden haber notado el carácter “sinfónico” de la obra. Este salta a la vista, sin embargo, para el lector que les hojea de corrido. Ya Seippel, su devoto biógrafo suizo, ha hecho notar que el motivo del Océano, el

(1) Paul Seippel. “Romain Rolland. L'Homme et l'oeuvre.” 3e. éd. París, Ollendorf, 1913, p. 83-84.

(2) Frase de Romain Rolland, reproducida por Seippel, Obr. cit., p. 82-83.

Leit-motif de la muerte, aparecen al comienzo y al final de la historia. Juan Cristobal nace arrullado por el Rhin y se duerme para siempre, en su ancianidad gloriosa, con aquel murmullo inacabable en los oídos. Como el propio Rolland, ama a este río, barrera de razas, con un amor profundo que está en la esencia misma de su sangre. ¿Cuál de ambos le llama con más propiedad *Unser Vater Rhein* — nuestro padre el Rhin?

Juan Cristobal — ¿cómo no había de serlo? — es músico. Como Rolland siente y piensa musicalmente. Para componer su tipo, el autor ha recurrido a varios músicos, cuya vida conocía íntimamente. A Beethoven para la niñez, a Wágner para la juventud, a Gluck y a Haendel para la edad madura. Pero es al primero, sobre todo, al que más se identifica. Juan Cristobal es flamenco-rhenano, como el creador de la *Heroica*. Como él, sufre la extorsión de los padres, que le quieren hacer un *niño prodigio*, y llega a suponer que odia a la música, cuando lo que odia es la opresión. Como él, es un solitario que adora desesperadamente a la vida, que comprende su precio, que combate con todas sus armas contra el destino — ¡ah, esa *Sinfonía en ut menor!* — y que en la tarde de su existencia, cuando ha muerto Olivier, su mejor amigo, y Grazia, la última mujer a la que ha amado, vuelve su rostro — ¡por fin sereno! — hacia los hombres y les contempla melancólico y sonriente. Es el Juan Cristobal de la *Nouvelle Journée*, el Beethoven de la *Novena* inmortal, que ha sabido llegar “*Durch Leiden Freude*” — *A la alegría por el dolor* —, y en cuyos últimos compases “en lo más fuerte del huracán, las tinieblas se desgarran, la noche es arrojada del cielo, y la serenidad del día devuelta por un acto de voluntad”. (1). Es que “jamás la vida es más grande, más fecunda y más feliz, que en la pena” (2).

Se ha criticado fuertemente la arquitectura de esta novela. Entre nosotros, Paul Groussac ha manifestado, con la acritud intolerante que suele serle habitual, los reparos que le han opuesto, también, algunos otros críticos europeos.

(1) Romain Rolland, “*Vie de Beethoven*”. 9ème. éd., Paris, Hachette, 1920, p. 80.

(2) Romain Rolland, “*Vie de Beethoven*”, p. VIII.

Juzgando al *descomunal* engendro, ha dicho: “Falto de plan orgánico y de cuya formación futura su autor, evidentemente, nunca trazó el más ligero esbozo, no puede presentar la unidad de composición y la armonía estética que deben concurrir en la obra de arte.” Agregando, luego, que “no caben dos opiniones acerca del malogro general de aquella monografía en diez volúmenes — verdadero *monstruo por excessum*” (1). Sin embargo, ya Rolland ha definido su caso, en la explicación “a los amigos de Cristóbal” que aparece al comienzo de *Dans la Maison*. Solicitado por sus críticos que reclamaban una confesión y por sus amigos que le urgían a defenderse, el escritor borgoñés — ni Lamartine ni Piron, ni místico ni escatológico — severamente sereno, se analiza: “Es claro que yo no he tenido jamás la pretensión de escribir una novela. ¿Qué es, entonces, esta obra? ¿Un poema? ¿Porqué tenéis necesidad de un nombre? ¿Cuando véis un hombre, le preguntáis si es una novela o un poema? Es un hombre lo que hago. La vida de un hombre no se encierra en el cuadro de una forma literaria. Su ley está en ella y cada vida tiene su ley. Su régimen es el de una fuerza de la naturaleza. Hay vidas humanas que son lagos tranquilos, otras grandes cielos claros en los que navegan las nubes, otras vidas fecundas, otras cimas destrozadas. Juan Cristóbal se me ha aparecido siempre como un río (2)”. Es un río, en efecto, de aguas ora mansas, ora tormentosas, tan pronto cristalinas, tan pronto turbias, según soplen sobre él las pasiones... ¿Por qué enrostrarle, entonces, si alguna vez parece perderse entre las vueltas del camino? Una vez orillado el obstáculo — selva oscura o riente valle — ha de continuar su marcha ineluctable hacia el Océano al que todos vamos.

La labor enorme que el autor acomete requiere, por cierto, una vasta extensión. Realizar la semblanza de una generación europea, estudiar con espíritu imparcial las diferentes nacionalidades, para mostrar sus unidades componentes, sus mentiras convencionales, sus fuerzas ocultas, su rol

(1) Paul Groussac, “El caso de Romain Rolland”, en “La Nación”, 27 y 28 de julio de 1919.

(2) Romain Rolland, “Dans la Maison”, p. 17-18.

mundial, es cosa que no puede hacerse a la vuelta de unas pocas páginas. Los cuatro primeros tomos son un análisis del espíritu germano (1). Vemos su parte mala: la sensibilidad a la que conduce su idealismo llorón, su tonto enternecimiento, su pesado materialismo; pero no se nos rehusa la presentación del viejo Schulz (2), cuyo sano optimismo no le deja ver las fealdades y las tristezas de la vida, o la del tío Gottfried, en quien se resume la influencia tolstoiana (3). De igual manera, si en *La foire sur la Place* pinta con crudeza la Francia brillante y caótica, “lepra de los hoteles”, en donde se codean, entremezclados, los pseudo intelectuales y los negociantes turbios, los políticos corrompidos y las dispensadoras de placer; pronto — en *Dans la Maison* — vemos el verdadero rostro de la Francia. El alma francesa está en los humildes, en los artesanos, en los obreros, que habitan en la misma casa que alberga a Juan Cristóbal. Allí, muy cerca suyo, están las inagotables reservas de la Galia. Verdad que están desunidos, que parecen indiferentes. Su aislamiento ha de desaparecer al primer anuncio de una amenaza exterior. Juan Cristóbal envejeciendo ha de reconocer que bajo el desorden francés hay “una lógica de raza que ocupa el lugar de la disciplina” (4) y, a favor de la cual, la nación crece. Y la obra se cierra, en la *Nouvelle Journée*, con una descripción de la sociedad italiana, tan llena de atisbos felices y de observaciones exactas, como las precedentes.

Se ha dicho que la obra carecía de plan, y ello no es excesivamente exacto. Con todas las digresiones que se desee encontrar, no es menos cierto que Romain Rolland sabe ajustarse a los contornos de la novela tradicional, cuando lo quiere. El caso de *Antoinette*, brillante desprendido de ese pesado joyel que es *Jean Cristophe*, puede probarlo. Por otra parte, antes de su publicación toda la obra — al menos en sus grandes lineamientos — existía ya en el cerebro de

(1) “L’Aube” (1904), “Le Matin” (1904), “L’Adolescent” (1905), “La Révolte” (1906-1907).

(2) En “La Révolte”.

(3) Al final de “L’Aube”.

(4) Romain Rolland, “La Nouvelle Journée”. Paris, Ollendorf, 83e. éd., p. 69.

su autor. Entre 1897 y 1900 fueron escritos algunos capítulos de *L'Aube* y de *La foire*. En 1902, la crisis de pasión sensual y todo el fin, de *Le Buisson Ardent*, y parte del final de la *Nouvelle Journée*. ¡Y qué son las digresiones de Rolland al lado de la morosidad de Proust o de la acumulación informe de Joyce!

IV

LAS "VIDAS HEROICAS"

El "perfecto lector" de Rolland, no debe leer el *Jean Cristophe*, sin completarlo con el conocimiento de las *Vidas heroicas*. Sin ello corre el peligro de ignorar su pensamiento cabal. Insinuadas ya las semejanzas formales entre el héroe de la vida y el de la novela, entre Beethoven y Cristóbal, — ¿cómo hemos de conocer mejor la profunda humanidad de éste sino buceando en la existencia de aquél? Por otra parte, no es al acaso que se debe el orden de su publicación. La "Vida de Beethoven" (1903) precede ligeramente la aparición de "L'Aube" y de "Le Matin" (1904), en cuyas dos obras la influencia del autor de la *Novena Sinfonía* se ejercita sin reatos. Ya "L'Adolescent" (1906), "La Révolte" (1906-7) y "La Foire sur la Place" (1908), son escritas bajo la advocación de otro héroe: Miguel Angel, cuya vida ha descrito, el autor, en 1906; en tanto que "Le Buisson Ardent", cuyo nudo central es el desarrollo y desenlace de una crisis moral, muestra claramente el influjo de Tolstoy, de quien, en el mismo año de 1911, Rolland nos ha contado la heroica existencia.

Las *Vidas heroicas* están escritas con el mismo sentimiento beethoveniano que la magna novela: la superación del dolor como fuente de íntima alegría. "A los que sufren — exclama cristianamente Rolland — ofrezcamos el bálsamo del sagrado sufrimiento." (1) Trátase de una empresa de beneficio social. Exaltar el amor a la vida y el sentimiento de bondad humana, resucitando el pueblo de los héroes. Pero no ha de entenderse por tales a los grandes capitanes

(1) Romain Rolland, "Vie de Beethoven", p. VI.

que asolaron el mundo, ni a los poderosos conquistadores bajo cuya planta gimieron los pueblos. “No llamo héroes — define, magníficamente — a los que han triunfado por el pensamiento o por la fuerza. Llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes por el corazón.” (1) Por eso ama, sobre todos, a Beethoven, que llegó al arte a fuerza de domar a la existencia y cuyos últimos *quatours* son “una conmovedora sonrisa hecha de tantos sufrimientos vencidos” (2); por eso, al estudiar a Shakespeare — a quien tanto debe — trata “de poner en claro su visión intrépida de la vida”. (3).

V

LA AVENTURA TEATRAL Y EL ESTILO

También Rolland ha sufrido la atracción de las tablas. Mas no se ha contentado con ser el teorizador de *Le Théâtre du Peuple*, ha querido sentir también el halago del aplauso sobre la escena misma. Ya allí, su falta de éxito ha sido una consecuencia lógica de su ignorancia del *metier*. Su primera obra, *Aërt*, representada en el *Théâtre de L'Ouvre*, el 3 de Mayo de 1898, no obtuvo los honores de una segunda representación. Y la segunda, *Morituri*, escrita precipitadamente en los 15 días que median entre aquella fecha y la de su estreno, cayó bajo la gritería de una sala más tempestuosa que la del *debut* de “Hernani”. Hoy bajo el título de *Les Loups*, forma parte del *Théâtre de la Revolution*. Habría con ello con que amilanar a alguien de voluntad menos firme que la de Rolland. Sin embargo, en Noviembre del mismo año, éste redacta su *Danton*, el cual es representado en el *Nouveau Théâtre*, el 29 de Diciembre de 1900, precedido por un vigoroso discurso de Jaurés. Esto hubiese bastado para imponer una pieza menos deficiente. Su única reprise, al día siguiente, en el *Théâtre Civique*, acabó de enterrarle. A esta serie de fracasos teatrales, hay que agregar el de *Le Triompe de la Raison*, estrenado en el impenitente *Théâtre de l'Ouvre* el 21 de junio del año anterior.

(1) Romain Rolland, “Vie de Beethoven”, p. VI.

(2) Ibid, p. 74.

(3) Romain Rolland, “La vérité dans le théâtre de Shakespeare”, en la revista suiza “Demain”, Abril 1916.

Por último, cuando todo hacía presumir que los engendros romainrollanos no llegarían nunca a la tercera representación. *Le 14 de Juliet*, escrito en 1899, le ofrece su desquite. Presentado en el *Théâtre de la Renaissance*, el 21 de Marzo de 1902, obtiene la suma, bastante elevada para una obra de tal carácter, de 29 representaciones.

De todos los descabros que hemos apuntado no tiene entera culpa la ignorancia o la displicencia del público fácil del "boulevard". Los personajes del teatro de Rolland son, con frecuencia, incongruentes y falsos. Sus reacciones no están regladas por la lógica sino por alguna mediocre "necesidad" teatral. En cuanto a su estilo es inflado y oratorio. Algo de esto señalaba Stoulling cuando, al hacer la crónica de una de sus obras, indicaba que el autor estaba admirablemente dotado como escritor y como orador. (1)

La Seippel y Bonnerot (2), sus dos biógrafos principales, han señalado las deficiencias generales de su estilo. Periodístico, poco castigado, voluntariamente libre de todo preciosismo en el que se reconoce al artista hábil que cincela la frase. Groussac, magnífico juez en tal materia, ha notado, en el artículo que antes recordáramos, que "el estilo de Romain Rolland, con su retórica sonora y su fácil abundancia, queda tan distante de las exageradas cinceladuras de Andrés Suarés como, al otro extremo (para no apartarle de sus amigos normalianos), del vigoroso desaliño de Peguy". Este pecado de la "retórica para comicios agrícolas", que le enrostra, a su vez, Paul Souday (3), es su magno pecado. Su lirismo, que sin duda existe, no tiene la pureza del de un Maeterlinck — a quien le aproxima, sin embargo, su sentimiento de unión entre los hombres. Y este paso atrás de su lirismo, que se torna oratoria, se echa de ver, con más frecuencia, en estos últimos tiempos. Romain Rolland se ha defendido, quizás sin quererlo, en un párrafo que ratifica nuestro juicio: "No te inquietes del verbo, de las bús-

(1) Stoulling, "Annales du Théâtre", t. XXV, 1899, p. 375-376.

(2) Jean Bonnerot, "Romain Rolland, sa vie, son oeuvre". Pais, Edition du Carnet-Critique, 1921, p. 92-93; Seippel, obr. cit., p. 115-117.

(3) Paul Souday, en "Le Temps", Noviembre 1912 (citado por Groussac).

quedas sutiles en las que se enerva la fuerza de los artistas de hoy. No son palabras lo que tú debes decir, son cosas. Tú hablas a todos, usas el lenguaje de todos. No hay palabras nobles ni vulgares; no hay estilo ni castigado ni impuro; no hay más que los que dicen o no dicen exactamente lo que tienen que decir. Ponte entero en lo que haces, piensa lo que piensas, siente lo que sientes. ¡Qué el ritmo de tu corazón arrastre tus escritos! ¡El estilo es el alma! (1)

VI

EL INTERNACIONALISMO DE ROLLAND

Es que los hechos mismos van a obligarle a dedicar su vida a la proclamación sonora de las verdades que los demás callan. En 1913, al año siguiente de la terminación de la serie de volúmenes que integran su *Jean Cristophe*, la Academia Francesa le concede el Gran Premio de Literatura. Obtenido contra los votos de los "inmortales" que sostenían a Emile Clermont y Ernest Psichari, este premio viene a sancionar la consagración de aquella gran obra, consagración que ha de tornarse en definitiva con la adjudicación del Premio Nobel en 1916 (2). Pero, entre una y otra fecha, ha de señalarse la de la Gran Catástrofe.

Ya en algunas páginas de la novela, podía columbrarse la actitud futura de su autor. El impetuoso Olivier nos dice en *Dans la maison*: "Hemos venido a este mundo para difundir la luz, no para apagarla." Y agrega una frase que hará suya Rolland, un lustro más tarde: "Quiero guardar, en medio de las pasiones, la lucidez de mi mirada, para comprenderlo y amarlo todo."

Corriendo el año 1911, Romain Rolland escribía a Sceip-pel: "Temo que el mundo tenga necesidad de una ruda lección, de un gran peligro común, que haga sentir a todos lo poco que pesan en la eternidad o en la nada." Al estallar la guerra, se refugia en Suiza, no tanto para huir del acoso directo de su gobierno — cuenta, entonces, 48 años y per-

(1) Romain Rolland, "Les Amies", p. 80.

(2) Correspondiente a 1915, pero otorgado el 9 de Noviembre de 1916.

tenece a las clases que no han de ser llamadas a las armas — cuanto para poder reflexionar en calma y publicar, con libertad, el fruto de sus meditaciones. Como su Juan-Cristóbal es un Europeo que no se cree con derecho a formular soluciones categóricas. El error no es la carga de una nación — o de un grupo de naciones — como la verdad no es el patrimonio de otra. Sin dejarse alucinar por el torrente de mentiras que cada Estado lanza sobre sus contrarios, Rolland advierte que esta guerra — la más cruenta de cuantas hayan existido — tiene su origen en la avidez del capitalismo internacional y en la rencorosa inepticia de los gobiernos europeos.

Su formación intelectual no depende de un solo país. Su afinidad sentimental no se dirige a un solo Estado. Años hace, que nos ha enunciado su verdad: “Nada de lo que hay en tí es tuyo. Tú no te perteneces. Tú eres solidario con el mundo. Tú le debes tu fuerza, tu voluntad, tu inteligencia — por poco que poseas.” (1). Al igual de Goethe, siente la felicidad o la desgracia de los pueblos vecinos cual la del suyo. “Como tantos espíritus de entonces, sedientos de libertad, que se ahogaban en el círculo estrecho de las naciones enemigas, buscaba un rincón de la tierra donde pudiese respirar sobre Europa.” (2). Parte, pues, para Suiza. Sabe que ésto ha de desatar contra él a la turba de los vociferadores nacionalistas, exacerbados por el peligro del momento, pero no trepida. “¿Cómo hará aquel que ha recibido el don soberbio y fatal de ver la verdad y de no poder dejar de verla?” (3).

Allí reúne, en 1915, en un volumen, una serie de artículos con motivo de la guerra, dándoles el título, que hará época, de *Au-dessus de la mêlée*, y cuya segunda parte, cuatro años más tarde, se agrupa en el rótulo de *Les précurseurs*. Entre ambas fechas — 1914-1919 — la actividad literaria, propiamente dicha, no decae. Romain Rolland recuerda sus estudios especiales de historia, en la Escuela Nor-

(1) Romain Rolland, “Le théâtre de la Révolution”, Paris, Ollendorff, 1901.

(2) Romain Rolland, “La Nouvelle Journée”, p. 8.

(3) Romain Rolland, “Vie de Tolstoï”, Paris, Hachette, 1906, p. 20.

mal, y su vieja simpatía por Empedocles de Agrigento, el pensador griego contemporáneo de los combatientes de Salamina. Trazando su silueta, con alusiones felices a los hechos actuales, nos ofrece, potente de entusiasmo, “su canto de esperanza y de paz, la espléndida sinfonía de la vida universal, cuyas crueles disonancias periódicas se resuelven en acordes de luz” (1). De igual manera traza la tragi-comedia *Liluli*, en la cual, bajo la forma satírica y simbólica de la vieja comedia italiana, vemos aparecer a las fuerzas ocultas que mueven a los hombres a la guerra, y — casi al mismo tiempo — desarrolla, con reprimida emoción, el platónico idilio de *Pierre et Luce*. Todo ello, sin olvidar ese *Colas Breugnon*, antecesor campesino de Romain Rolland, que ha merecido la execración de Groussac.

A los que le acusaban de traición, de “derrotismo”, hemos de señalarles que todo su pecado reside en una inquebrantable fe en la independencia irreductible del espíritu. Así lo ha dicho él, al terminar su resonante “manifiesto a los intelectuales del Mundo”, admirable respuesta al vergonzoso documento de los 93 germanos: “El espíritu no es el servidor de nadie. Nosotros somos los servidores del espíritu”... “Honramos únicamente la verdad libre, sin fronteras, sin límites, sin prejuicios de raza o de casta. No nos desinteresamos de la humanidad, trabajamos por ella, pero por ella toda. No conocemos los pueblos. Conocemos tan sólo el Pueblo, único, universal, el Pueblo que sufre, que lucha, que cae y se levanta, y que adelanta siempre por el áspero camino, húmedo de su sudor y de su sangre. ¡El Pueblo de todos los hombres igualmente hermanos! Y para que tengan, como nosotros, conciencia de esa fraternidad, por encima de sus ciegas luchas alzamos el arca de la alianza. ¡El espíritu libre, uno, múltiple, eterno!” ¿No es, acaso, patriota, el hombre que se yergue ante su pueblo, para decirle las duras verdades que considera imprescindibles? Rolland ha exaltado siempre las positivas cualidades de su nación. En vísperas mismas de la guerra, ha exclamado:

(1) Romain Rolland. “Empédocle d’Agrigente et l’Age de la Haine” Genève, Cahiers du Carmel, 1er. Série, 1918, p. 11.

“Sabemos que las más viejas razas tienen renovaciones inesperadas y que en ningún pueblo del mundo este milagro se ha realizado de una manera más reiterada que en nuestra Francia. Diez veces en el curso de los tiempos, una juventud heroica ha sucedido a los períodos de agotamiento, en los que la Europa espiaba su declinación brillante y acicalada (1). Y al terminar su *Jean Cristóbal*, se había vuelto hacia su pueblo y le había dicho por la boca amable de Grazia: “Hay pueblos mediocres a los que los salva su buen corazón o su vigor físico. Los franceses son salvados por su inteligencia. Ella lava todas sus debilidades. Ella les regenera. Cuando se les cree caídos, abatidos, pervertidos, encuentran una nueva juventud en la fuente perpetuamente surgiente de su espíritu.” (2).

Juan Cristóbal estaba dedicado “a las almas libres, de todas las naciones, que sufren, que luchan y que vencerán” (3). El sentido de esta dedicatoria se precisa al leer lo que encabeza el volumen de *Les Précurseurs*: “A la memoria de los Mártires de la Fé nueva: de la Internacional humana. A Juan Jaurés, Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Kurt Eisner, Gustavo Landauer, víctimas de la feroz bestialidad y de la mentira asesina, libertadores de los hombres que les han muerto.” Rolland señala, ávidamente, allí, los indicios de una próxima confraternidad de los pueblos. Bajo el castigo del fuego, algún soldado que sólo vé bajo la sombra de las banderas enemigas el rostro lívido de los hermanos, fraterniza con sus adversarios más próximos. Es por el camino de la acción aislada por el que se puede llegar a grandes resultados, ya que la fatalidad que hoy pesa sobre todos, está hecha de la abdicación de cada uno. Son los intelectuales, los escritores, los que deben indicar, a los pueblos enloquecidos la ruta a seguir: “Los que tienen una pluma deberían tener escrúpulos de aportar jamás un sufrimiento más al conjunto de los sufrimientos.” (4). Deberían evitar

(1) Romain Rolland, “Le Théâtre du Peuple”, Paris, Ollendorf, préface de 1913.

(2) Romain Rolland, “La Nouvelle Journée”, p. 74.

(3) Romain Rolland, Dedicatoria de “La Nouvelle Journée” (1912).

(4) Romain Rolland, “Les précurseurs”, p. 14.

“el espectáculo afligente de esos millares de escritores, artistas y pensadores que han, en algunos días, abdicado de su papel de guías y de defensores de los pueblos, para seguir a los tropes delirantes, enloquecerlos aún más con sus gritos y precipitarlos al abismo” (1). A la acción de esos falsos conductores, Rolland opone el ejemplo del puñado de “hombres de coraje que, en todos los países, han sabido mantener su pensamiento libre y su fé internacional” (2). En cuanto a él mismo, “mi tarea — exclama — es recordar a los hermanos enemigos de Europa, no lo que ellos tienen de malo, sino lo que tienen de mejor” (3).

VII

“CLERAMBAULT”

Para ello, para hacer sentir la perversidad y la vergüenza de esta otra carrera a la muerte de que no nos hablara Edouard Rod, Rolland escribe, en 1920, su magnífico *Clerambault*. La novela lleva este subtítulo que la define: “Historia de una conciencia libre durante la guerra.” Trátase del relato de las peripecias de un espíritu común, de un patriota nacionalista, al que el dolor hace, por fin, ver con sus ojos, no con los ojos de su gobierno, la tremenda catástrofe de la guerra. Su autor, previniendo posibles sospechas, sostiene en una “advertencia al lector”, preliminar, que la obra no contiene nada de autobiográfico. Pero, convencido, sin duda, de que no ha de creérsele, confiesa, por último, que ha traspuesto a su héroe algunos de sus pensamientos. En una obra de tal naturaleza, ésto es, precisamente lo más importante. Ciertamente, no es indiferente la realización artística y la justeza técnica — que, afortunadamente son, en este caso, de noble metal. Pero, en el momento en que fué escrita, valió, sin duda, antes que por ello, por las ideas que el autor había puesto en boca de su personaje, con la vehemencia oratoria habitual en él. En

(1) Romain Rolland, “Les précurseurs”. p. 45-46.

(2) *Ibid.*, p. 7.

(3) *Ibid.*, p. 15.

cierta manera es un complemento de *Le Feu*, la colosal novela de las trincheras. Esta es la tragedia silenciosa de los no combatientes, la sombría lucha interior de la población civil abocada, a sangre fría, a la matanza. Viendo desangrarse a la nación, vaciarse sus hogares, sin que les sea permitido exhalar una queja y gritar al rostro de las gentes su infortunio, sin que haya medio alguno que permita detener el ensangrentado mecanismo en marcha. El menor reproche, el más elemental impulso de justicia han de verse paralizados. Es que “se ha formado un catolicismo del pensamiento guerrero que no admite heréticos (1).

Desde el punto de vista técnico, es también un complemento de la obra de Barbusse. Su *journal d'une escouadre* carece de protagonista. Todos los personajes, presentados con una gran objetividad, aparecen como parte integrante de esa gran masa humana, enferma y dolorida, que se debate. Rolland, en cambio, hace que todo ocurra en torno a Clerambault. En su contorno, o en él mismo; puesto que lo más importante — y lo más admirable — del relato, es la evolución de la mentalidad de aquel hombre, a quien la desdicha arranca las vendas de sus prejuicios con esa rudeza inhábil que sólo tiene la vida.

Clerambault fué escrito durante una crisis del sentimiento. A las acusaciones, a los insultos de sus enemigos, que eran a la vez sus compatriotas, se unía el dolor enorme de la pérdida de su anciana madre. Rolland había tenido que abandonar su refugio de Suiza y acompañar desde París, sus restos, hasta el lejano cementerio borgoñés. A su retorno comenzó su libro. Presentándonos a Clerambault, Romain Rolland, pone en su boca, como últimas palabras, aquellas que quizás quisiera para sí. Asesinado por un turbio sujeto que le odia, cayendo víctima de un atentado nacionalista — no hubiese sido extraño que Rolland temiese, por ese entonces, el final de Jaurés — Clerambault, agonizante, sueña: “No hay más enemigos.” Con ellas, se aproxima a Jesús.

(1) Romain Rolland, “Les précurseurs”, p. 57.

VIII

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN ROLLAND

Es que el pensamiento de Rolland tiene un fondo profundamente religioso. Henri Massis ⁽¹⁾ puede, en nombre del clero católico, negarle su condición de creyente. Es justo, puesto que sus creencias no son rigurosamente ortodoxas. Pero sería imposible negar el lugar que ocupa la divinidad en el conjunto de su obra. Dios, *su* Dios, no es otra cosa que su propio yo agigantado hasta "hacer estallar los límites del ser". No es un diletantismo místico el suyo, como querría hacernos creer el autor de *Jugements*. Es, más bien, una necesidad ardiente y sincera de su espíritu. La única forma de fe que le permiten las características de su inteligencia, enemiga de todo dogma.

Quien recorra su obra, con espíritu imparcial y mirada atenta, no dejará de notar el corte netamente cristiano de numerosas reflexiones. Pero donde verá — por extraña paradoja — más acentuado este carácter — es en el relato de la vida de un Jainista, de un Hindú. Con la vida de Tolstoy, el gran cristiano, Rolland había cerrado el relato de sus *Vidas heroicas*. Ahora la reabre, fiel a su pensamiento inicial, con la descripción de la existencia de otro gran hombre, que es "héroe por el corazón". Trátase de Mahatma Gandhi, "ese místico de ojos exactos" ⁽²⁾, cuyas soluciones políticas, de carácter y fundamento puramente religioso, han transformado la vida social de la India, despertando entre los aborígenes la santa apetencia de la libertad. Desde 1916, Rolland sostiene que la guerra ha de acelerar el acercamiento de los dos hemisferios del pensamiento: Europa y Asia ⁽³⁾. Para colaborar en su logro, nos da, tras de la *Vida de Tolstoy*, esta otra *Vida heroica*, bajo ciertos aspectos tan profundamente tolstoiana.

Su autor está bien preparado para describir la insigne aventura de este sostenedor de la no-violencia. Es que él

(1) Henri Massis, "Jugements", Paris, Plon Nourrit, 3e. éd. 1924. Ver el capítulo titulado "Romain Rolland ou le diletantisme de la foi", p. 135-154.

(2) Romain Rolland, "Mahatma Gandhi", Paris, Stock, 1924, 40e. éd. p. 74.

(3) Romain Rolland, "Les précurseurs", p. 18.

mismo lo ha sido, a su manera. ¿Es Rolland o Gandhi, el que publica en Londres, en Mayo de 1915, este mensaje de amor a todos los hombres?: “¡Haced la paz en vosotros, ante todo! Arrancad de vosotros el espíritu de combate ciego. No os mezcléis en las luchas. No es haciendo la guerra a la guerra cómo la suprimiréis; es preservando ante todo vuestro corazón, salvando del incendio *el porvenir, que está en vosotros*. A toda palabra de odio entre los combatientes, responded por un acto de caridad y de amor para todas las víctimas. Sed, por vuestra sola presencia, el calma desmentido infligido a la turbación de las pasiones, el testigo cuya mirada lúcida y compasiva nos hace enrojecer de nuestra sinrazón. Sed la paz — la Antígona eterna — que se rehusa al odio y que, cuando sufren, no sabe distinguir entre sus hermanos enemigos.” (1).

Gandhi es el sostenedor ardiente de esa no-resistencia apasionada que le es propia. “Quisiera sufrir todas las humillaciones, todas las torturas, el ostracismo absoluto y la muerte misma, por impedir a nuestro movimiento convertirse en violencia o en precursor de violencia”. (2) En ello reside el dramatismo admirable de esa vida de resignación y de sacrificio. “La verdadera Desobediencia Civil — que Gandhi preconiza — no comporta ninguna excitación. Es una preparación al sacrificio mudo”. (3), Rolland describe, en un *in-crescendo* maravilloso, la vida del autor de ese “Evangelio del amor heroico” (4), que es el *Hind Swaraj*. Así vemos a este profeta del nacionalismo de los pueblos asiáticos oprimidos, comenzar su prédica en Sud Africa y tras veinte años de lucha retornar triunfante a la India, ocultando en la modestia de su ropaje oborigen el creciente prestigio que le otorga la masa popular. Y así, paso a paso, bajo la denigrante dominación inglesa, cuya mala fe se pone en claro, sentir encarnarse en él a la conciencia de su pueblo esclavizado. Su lema — *sufrimiento y no violencia* — cobra, así un carácter netamente revolucionario y, ba-

(1) Romain Rolland, “Les précurseurs”, p. 33.

(2) Ibid, p. 152.

(3) Romain Rolland, “Mahatma Gandhi”, p. 154.

(4) Ibid, p. 21.

jo la aparente pasividad de su acción, se oculta un fermento de destrucción anti occidental.

Rolland acoge como una revelación la fórmula del Mahatma: "Si el espíritu de la India acaba de surgir de sus templos y de sus bosques, es que aporta al mundo la respuesta predestinada que el mundo esperaba." (1). Esta respuesta, está hecha de dolor y de angustia. No se eleva una protesta, no se escucha un grito. Los vencidos esperan que el silencioso espectáculo de su tragedia ablande el corazón de sus verdugos. Toda la India es una sola pena. Es que "parece que es necesario siempre, para que el mundo se renueve, que un pueblo se sacrifique". (2).

IX

COLOFON

No creemos en los beneficios de esta nueva posición de Rolland. Su biografía del Mahatma, que es un estudio del alma hindú hecha por un espíritu cristiano, es muy bella como obra literaria, más peligrosa como ejemplo a seguir. Nuestros pueblos, por su doble carácter de latinos y de jóvenes, harían falso camino si derivaran sus energías hacia una destructora introspección, en vez de buscar sus éxitos por la ruta positiva de la áspera lucha. Nuestro ideal no puede ser nunca ese faquirismo de la acción, que es la no-violencia. Este género de heroísmo, sobrehumano para nuestra constitución mental, sólo nos llevaría al agostamiento estéril, en un desolado soliloquio interior.

Para el habitante del Oriente, cuya vida entera gira en torno de una preocupación religiosa, la fórmula gandhiana puede ser — y es — una gran fuerza de concentración y de disciplina. Pero nuestra conducta en la lucha social ha de ser otra. A la inercia esperanzada del hindú, hemos de oponer el dinamismo tumultuoso de la acción.

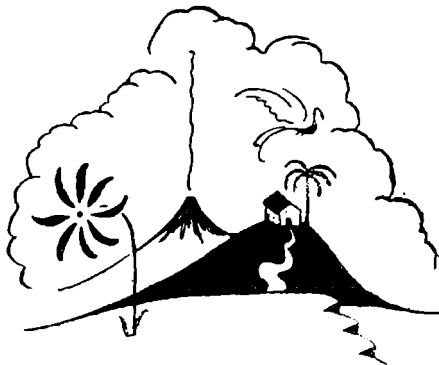
Mucho tiempo antes de que Rolland definiese sus ideas de quietismo en la vida de Gandhi, sentimos concretarse en

(1) Romain Rolland, "Mahatma Gandhi", pág. 177.

(2) *Ibid*, p. 178.

nuestro yo una protesta por su alejamiento de la lucha. A su posición oponíamos, confusamente, la actitud batalladora de Barbusse. Puede que la explicación estuviese en estas palabras confesoras — “la gran división de la humanidad es la de las gentes sanas y la de las que no lo son” (1) — y que la fragilidad de su salud le impidiese llegar a “la acción directa”. Sea, como fuere, más de una vez hubiésemos deseado verle, menos “au-dessus de la mêlée”, avanzar al combate con “le couteau entre les dents”...

(1) Romain Rolland, “L'Adolescent”, p. 23.



Romain Rolland y la incomprensión francesa

por

EMILIO SUAREZ CALIMANO

André Guide ha escrito refiriéndose a JEAN CHRISTOPHE:

“...Son livre ne paraît jamais meilleur que traduit. Je vais plus loin: il ne peut que gagner au désastre de la France, que gagner à ce que la langue française n'existe plus, ni l'art français ni le goût français, ni aucun de ces dons qu'il nie...”

Hemos querido poner de manifiesto la incomprensión de Francia ante la obra de uno de sus más grandes escritores, y del más alto de sus espíritus, sintetizada por alguien que a justo título puede ser también considerado como una de las inteligencias más ordenadas de su país.

El francés no comprende, ni puede comprender, el esfuerzo de Romain Rolland, por la razón física sencillamente sintetizada, de que el contenido puede ser mayor que el continente. El espíritu francés no es universal, como tampoco lo son los demás espíritus europeos. Por el contrario, muéstrase cada vez más estrecho, más particular, más limitado. Mal puede, entonces, comprender, explicarse, y entonces amar, la honra, la enorme universalidad de Romain Rolland y sus obras.

Pueblo al que le sea dable enorgullecerse de alentar un espíritu universal no hay más que uno en el mundo, aunque parezca algo exagerada nuestra afirmación: el Hispano-Americano. Ello es demostrable; pero no en esta ocasión, en que necesariamente debemos producir síntesis. Por esa universalidad de su espíritu Hispano-Americano ha podido reconocer en el autor de *Jean Christophe* un alto guía de sus juventudes. El ha sabido condensar y sintetizar, dándonos cuerpos, muchas, sino todas de las inquietudes, de las

aspiraciones, de los ideales, que hoy constituyen el pensamiento de la gente moza de Hispano-América. Otro crítico, francés también, Henri Massis, ha llamado dilettante a Romain Rolland, enrostrándole que lo que es por que "il ne peut pas ou ne veut pas choisir", y a renglón seguido le acusa de hacer de sus ideas, de su yo, la realidad del mundo, por que el padre de Juan Cristóbal ha escrito "Dieu c'est notre moi supérieur, incarnation en nous, en cette heure de sa vie millénaire"...

Hubiérale enrostrado Henri Massis que ha sabido escoger y no precisamente como él y entonces su apóstrofe sería por lo menos lógico. Pero ha preferido seguir poniendo de manifiesto la incomprensión con que choca el espíritu francés ante la obra de Rolland.

Seguramente, en Francia, dirán ahora: "ces negres de là-bás le rinden homenaje; tales para cual".

Hispano-América sabe por que siente que Dios es su yo superior, encarna en ella en este momento de su vida milenaria, cual es su destino en los años, no muy lejanos, a venir; y consciente de él, glorifica a quienes, como Romain Rolland, ayudan a preparar para el mundo el camino de la nueva vida libre que Hispano-América ejemplarizará.

D e A l b e r t o P a l c o s

Muerto Anatole France, corresponde a Romain Rolland el puesto de vanguardia en las letras contemporáneas. Tanto el autor de "La Rebelión de los ángeles" como el de "Juan Cristóbal", con ser tan alta la jerarquía que ocupan en el mundo literario, son algo más que escritores.

Sus obras al igual que sus vidas encierran un fondo eterno y conmovedoramente humano. Son a este respecto continuadores de esa luminosa tradición que los mejores escritores franceses mantienen desde los buenos tiempos de Montaigne y Rabelais. Romain Rolland, en quien falta la

nota irónica, humorística, tan graciosamente francesa, desciende más bien de Diderot, si fuera fuerza encontrarle algún parentesco. Como en el ilustre enciclopedista se funden en él admirablemente los elementos germánicos y los elementos franceses. De aquí su prédica por la reconciliación de los dos grandes pueblos y la recíproca fecundación de las notables culturas propias que han elaborado. Como preclaro abanderado de los fueros del espíritu libre y digno, Romain Rolland, biógrafo de héroes, se acerca a los modelos que estudiara. Saludable ejemplo de consecución y de energía moral vivirá en la historia por ello tanto como por su noble labor literaria.

De Carlos Sanchez Viamonte

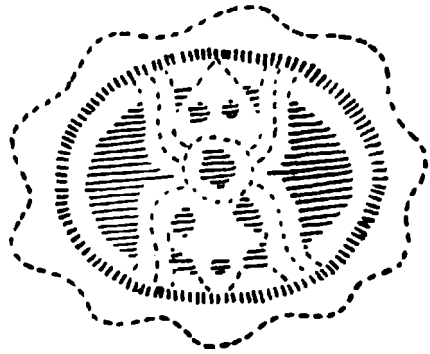
Evidentemente, nuestro siglo empieza a renegar de toda ideología y de todo idealismo. Como míster Bounderby — el personaje de Dickens — reclama hechos, y a las ideas, como a los ideales, los califica de “palabras”, “vanas palabras”.

Es muy difícil predecir en qué va a concluir todo este realismo materialista repudiador de las fuerzas espirituales más respetadas. Tal vez concluya en cinismo maquiavélico; pero tenemos motivos para sospechar el triunfo definitivo de las vagas aspiraciones en que se traduce el sentido humano de la justicia.

Cuando pasen las veleidades multitudinarias de idolatría servil hacia los amos de ahora y de admiración retrospectiva hacia los amos de antaño; cuando el “record” ya no haga héroes universales ni nacionales; cuando empiece a dejar de ser elegante el pragmatismo lucrativo y cortesano de nuestro tiempo; se hará la compulsión de la cultura europea, sobre la cual debemos edificar la nuestra, y entonces, Romain Rolland ocupará el altísimo lugar que le corresponde.

¡Ojalá lo lean nuestros jóvenes! Romain Rolland no hace tesis, pero muestra la vida como es, al mismo tiempo que sugiere cómo podría ser. ¿Acaso nuestra realidad actual no está hecha de viejas utopías?

Hay que confiar en Romain Rolland. Toda aspiración en un ensayo de realidad. ¡Ríen y se burlen cuanto quieran los fracasados y derrotistas que se han puesto la máscara del escepticismo!



Romain Rolland y la América Latina

por
HAYA DE LA TORRE

Romain Rolland es el primer gran hombre de la Europa que ha comprendido en toda su grandeza, el vasto movimiento de rebeldía y de unión que realizan las juventudes de la América Latina. Con mirada de vidente, ha descubierto que una nueva lucha por la justicia, un nuevo sacrificio por la unión y la libertad amenazada de veinte pueblos está ya en gesta heroica. De la Europa, casi siempre indiferente a los clamores lejanos, ha surgido para nosotros una voz de saludo y aliento en aquellas palabras fervorosas e incitadoras de Romain Rolland: “Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. Federáos: No hay que perder un solo día. Jóvenes de la América Latina os envidio; tenéis que sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroica.”

Hace más de veinte años Tolstoy había sentido la atracción de nuestros problemas americanos: “El estudio del desenvolvimiento político, social y religioso de las agrupaciones latinas del continente americano, — escribía el célebre artista ruso —, ha tenido para mí irresistibles fascinaciones; su lado trágico principalmente ha sido y es motivo para mí de cavilaciones incesantes”. Pero Tolstoy no alcanzó a ver la verdadera tragedia de nuestros pueblos. Presentía nuestra derrota y profetizaba que: “mientras nuestras dolencias morales no fueran eliminadas, las agrupaciones latinas estaban destinadas a desaparecer del Nuevo Mundo, absorbidas por la colosal homogeneidad anglosajona”.

Entre aquellas palabras lejanas, perdidas ya en la muerte, y el grito alentador y optimista de Romain Rolland hay una época. Tolstoy habló para las viejas generaciones de

la América Latina (del siglo XIX), generaciones culpables quizá, por lo menos, generaciones sin grandeza y sin vida que habían traicionado el pensamiento revolucionario de Bolívar, por el culto de nacionalismos locales e imposibles. Romain Rolland ha hablado ya a una nueva América Latina de la rebelión, y quizá a la América de la epopeya.

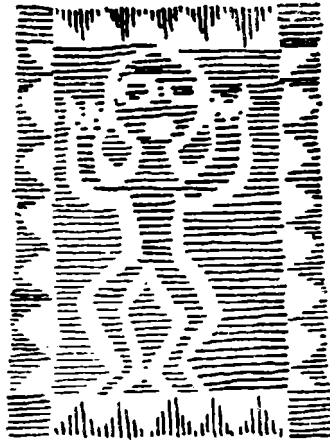
Después de 1918, de un lado al otro del continente latino-americano, surge una nueva conciencia en la juventud. De la vieja universidad de Córdoba se lanza el primer grito: "Las Universidades han sido hasta aquí, el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos, y — lo que es peor aún—, el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso que la ciencia frente a esas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamemos bien alto el derecho sagrado de la insurrección. Entonces, la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestros males son males de todo el continente". Y el "derecho sagrado de la insurrección" fué ejercitado. En Córdoba, en Buenos Aires, en La Plata, en Lima, en Montevideo, en Santiago de Chile, en La Habana, en Bogotá y en Méjico, los estudiantes de las viejas universidades alzaron la rebelión contra el pasado. En aquel movimiento tumultuoso y lírico contra los viejos sistemas educacionales se estremecía el nuevo espíritu de la juventud que quería libertarse de todo lo que le cerrara el paso al porvenir. Desde entonces, ya no hay una sola América Latina: en sus anchas tierras féculdas ha surgido una lucha que será definitiva. De un lado el espíritu del pasado, reaccionario y empequeñecido;

del otro, el empuje revolucionario de la juventud que mira luminosamente su destino. De 1918 a 1925 la conciencia juvenil ha desarrollado y ha ido precisándose. Entonces aspiraba a una renovación de sistemas educacionales, a una confederación espiritual de nuestra América. Hoy busca una transformación más honda; lucha por la renovación de los sistemas sociales y aspira a una confederación política de nuestras veinte repúblicas, separadas por nacionalismos artificiales y comúnmente amenazadas por el imperialismo conquistador de los Estados Unidos del Norte.

El espíritu de la juventud latino-americana avanza siempre hacia el porvenir. Incomprendido por las generaciones viejas de nuestras burguesías, de nuestras burocracias, de nuestras oligarquías, tiene en ellas el enemigo más próximo y más implacable. Sangre joven, sangre de los nuevos libertadores de América, ha regado ya nuestro suelo; tumbas para nuestros caídos se han abierto en nuestra tierra, cada vez que la juventud ha proclamado "el derecho sagrado de la insurrección". Pero nuestra lucha ha comenzado apenas. Nuestros enemigos son poderosos y son inexorables: ellos forman la alianza de nuestro feudalismo americano, rezago lamentable de la brutalidad conquistadora de España y el formidable imperialismo yanqui, animador de nuestras burguesías jóvenes, exaltador de nuestros localismos, incitador de nuestras tiranías, acreedor de nuestros gobiernos, cómplice de nuestras bastardas luchas interiores.

La juventud de la América Latina tiene ante sí el gran "destino heroico" que invocaban los precursores del levantamiento de la Universidad de Córdoba hace siete años. Unir a los pueblos de América para defenderse del imperialismo sajón, derrotar a sus aliados dentro de cada uno de nuestros pueblos y libertar a millones de oprimidos que son sus víctimas seculares, he ahí nuestro gran anhelo común, he ahí nuestro credo revolucionario de justicia, he ahí la causa "bella y heroica", la más bella y heroica para el sacrificio de la juventud, que ha saludado Romain Rolland, uno de los más grandes hombres de nuestros tiempos, cuyo espíritu estremecido por las grandes inquietudes de la Humanidad

comprende y siente la inmensa tragedia de este fecundo instante de la Historia de luchas terribles y desesperadas pero redentoras.



Romain Rolland

por

LUIS E. HEYSEN

Un libre y noble aliado de nuestra generación.

MI excelente amigo Juan Manuel Villarreal me pide colabore enviando unas breves líneas para el número extraordinario de ESTUDIANTINA, dedicado a Rolland, el maestro solitario que ha señalado nuestros dolores y nuestra justicia, y, aún cuando discrepe con aquella admirable vida heroica en los medios de alcanzar el bien, éste nos une compiliéndome a no eludir el llamado.

Estamos en una época tan pobre de valores éticos, que indudablemente el caso Romain Rolland constituye, a mi juicio, una rara y muy reconfortante excepción. Sólo así es cómo podrá justamente comprenderse el que infinidad de hombres nuevos a cual más diverso por su orientación y de las regiones más insospechadas, encuéntrense solidarizados con él en su sesentenario: defendiéndole de las calumnias con que la reacción acostumbra zaherir a todo innovador u hombre justo, y haciendo vida común en el sacrificio, por la verdad revolucionariamente política de nuestro siglo, que él también siente y predica a su manera.

Querer con el corazón lo que se piensa con el cerebro, es una virtud tal que debemos admirarla sea adversario o compañero nuestro quién la tenga. Sólo la sinceridad puede crear cosas perdurables, pues ella hace al creyente, y Romain Rolland que siente en carne propia las angustias de la Humanidad oprimida y que es uno cuya fe piadosamente se yergue para revelarlas, me arranca admiración y respeto profundos.

Inmensamente bueno, como que es un místico enamorado de la paz, ha vibrado y vibra con emoción ante todos los

desgarramientos y ante todas las torturas que las muchedumbres dolientes sufren por la crueldad y ambición desmedidas de las plutocracias imperialistas del mundo. Su gran corazón lo lleva de occidente a oriente para decir su verdad, que, por ser él tan noble, tan libre y tan pacífico, resulta una verdad evangélica; pero, así mismo una verdad que no cauteriza heridas y que no acaba radical, definitivamente con el mal.

Jamás su pensamiento ha enmudecido ante la injusticia. Siempre ha sabido levantarse piadosamente contra ella. Igual ayer, como hoy y como lo será mañana. Protesta contra la guerra de los “civilizados”, que la clase capitalista occidental preparó y desencadenó el catorce para repartirse los mercados y el mundo colonial. Saluda fervorosamente, la precursora aurora soviética, magnífica realización y enseñanza, que hoy defienden todas las vanguardias del mundo por haber traído en su seno la liberación económica y política de millones de hombres esclavizados; y con ella, la evidencia más categórica de cómo el pobre que sufre explotación y miseria puede — con disciplina y organización revolucionariamente política — alcanzar su independencia total, desplazando al rico egoísta cuya principal preocupación estriba en obtener el máximo de plusvalía con el mínimo de propio esfuerzo. Pierde su esperanza en el occidente capitalista y tiende sus brazos al oriente insurrexio y multitudinario. Y por último, viene a nosotros, viene a nuestra América para — desde su atalaya de Villeneuve — haciéndose nuestro libre y noble aliado, condenar a los que siembran en ella la tragedia por recoger el oro y animar a los que castigo reciben por querer demasiado el bien.

Hombre tan íntegro debe merecer nuestro respeto y nuestra admiración, por cuanto todo lo que en él se anida es bondad y es justicia. Mas no un respeto y una admiración que nos rindan ante nuestra responsabilidad y que nos hagan delinquir de lo necesariamente inevitable: nuestra Revolución por la Justicia Social en América Latina, pues, ya lo dije con antelación: *la verdad de Romain Rolland, es una verdad evangélica; pero, así mismo una verdad que no cau-*

teriza heridas y que no acaba radical, definitivamente con el mal; porque aspira ingenuamente a persuadir a los que con un pragmatismo inhumano lo vulneran todo, y a crear una conciencia libre con el simple sermón y con la sola dulzura del procedimiento. El, en su último mensaje a la América Latina nos ha dicho: "Marchad, ¡avanzad siempre! Pasad sobre mi cuerpo! Mirad hacia adelante! Delante de vosotros está la luz."

Y evidentemente, nuestro momento histórico nos impele a pasar sobre él haciéndonos protagonistas eficaces de nuestro drama. La acción revolucionaria que encarne los problemas más urgentes, más ineludibles es el imperativo de nuestra generación, que hoy lucha con heroísmo contra todas las fuerzas pasatistas del presente por un porvenir sin castas y sin privilegios. Al mal se le tiene que combatir violentamente porque ni nuestros tiranos, ni nuestras clases dominantes, ni los implacables capitanes de la industria contemporánea van a ceder su posición actual o futura en pro de la verdad y de la justicia social. Por eso es contraproducente pretender crear las tesis del hombrelibrismo, de la no violencia y de la resistencia pasiva, que no sólo alejarían las probabilidades de la ejecución del bien por tender a desorientar el factor humano; sino lo que es más, tendrían la desventaja de favorecer por su carácter inofensivo a quienes precisamente deberían atacar. Admirar y respetar a Romain Rolland por su inmenso amor de justicia y su firme estoicismo, no debe ser sinónimo de proclamar y defender sus tesis, pues, todo aquel que comprenda en su auténtico sentido el valor de la jornada a emprender, coincidirá en que la posición única de la juventud, mientras haya injusticias que combatir, es de franca beligerancia. Hablar de paz, de no violencia, ante una injusticia es muy dulce y bondadoso; pero, también muy ingenuo. Nuestro grito en América Latina tiene que ser de guerra contra los males de dentro y de fuera porque él nos traerá la anunciación de una América justa y solidaria.

“Juan Cristóbal”

por

CARLOS BIANCHI

HE leído el “Juan Cristóbal”. Ahora comprendo que no me será posible olvidarlo; tampoco querría que así fuese, porque ello significaría cerrar a viva fuerza y con doble vuelta de llave las puertas de mi corazón. Y en mi corazón, hoy, mañana, siempre, subsistirá el recuerdo de Juan Cristóbal y habrá un clamoroso repicar de diminutas campanas que me dirán con su lenguaje, mientras escucho la inefable voz de los grandes silencios, de los grandes sublimes silencios: “No lo olvides — Juan Cristóbal sufrió mucho —. Juan Cristóbal amó mucho, por sobre todas las cosas, sin esperanzas; amó con firmeza. Amó con ansias de convertirlo todo en amor. Y así tuvo un Amigo. Y se acercó a los magníficos corazones de los humildes, y aspiró las emanaciones saludables de las vidas ocultas, calladas, dormidas en el aroma de su magnífica sencillez. Amó dándose enteramente a la Vida que lo reclamaba para sí. Juan Cristóbal eres tú, joven dueño, que apenas te has asomado a la existencia y todavía no puedes saber del mordisco helado de los vientos, ni de las sinuosidades traidoras de los caminos que se te ofrecen para que tu pie virgen los recorra. *El* está vigilante, nuevo ángel guardián, junto a los que te siguen con mirada de paz; y está además, cerca de los que no lo conocen pero lo presienten como se adivina la tormenta en el “no sé qué” de la atmósfera; y permanecerá unido a los que nunca lograron respirar en el ambiente santificado por su recuerdo.

Tú no has renacido, como *El*; no has visto el fracaso de tí mismo tras desesperados esfuerzos para romper la envoltura que te ata, te sofoca, te envenena; no has mudado tu alma de niño por otra más vigorosa, más rebelde y brinca-

dora de joven, y no has visto cómo el joven se hace hombre y cómo el hombre madura y produce y envejece; y estás muy lejos, demasiado lejos del último cambio, del que lleva a las nieves del silencio y del olvido. ¿Qué puedes saber, entonces, del perfume de la Vida, del perfume violento, áspero, salvaje, de las vidas hechas para el sacrificio?...”

Y luego habló quedamente mi alma:

“Gracias, dijo. Yo tenía sed de saber y tú me has traído a la vera de un manantial. Yo ansiaba amar, pero no sabía del refugio de mis hermanos; tú me has dicho así, simplemente: Ama.. Y al conjuro de tu voz, ví que todos los hombres lo eran: unos, hermanos suaves como un copo de nieve; otros, bravíos como una ola cubierta de espuma; muchos con los ojos afiebrados por la angustia, o por la espera sin término, o por la avaricia, o endurecidos por el crimen, o llameantes por la ira, o avergonzados por la culpa; algunos, virginalmente sumisos, y claros como una mañana de abril; y también comprendí a los que se debatían en la maraña de sus pensamientos insubordinados, o contra la frialdad interior que los aislaba. Y escuché a los indiferentes, cuyos ojos de cristal tallado me miraban con fijeza espectral; y a los miserable de cuerpo, ahitos de podredumbre, huecos de cariño; y a los miserables de espíritu, aislados, perseguidos, como parias. Pero todos, todos eran mis hermanos!

Yo no sospechaba que tanto se pudiese sufrir sin aniquilar las fuerzas que nos animan, ni tanto amar, sin correr el riesgo de agotar las fibras del corazón. Era para mí un secreto, calmar las iracundas borrascas que levanta la maldad del hombre, y avanzar en busca de la luz, a través de las más bárbaras tinieblas. Y tú me has traído a buen puerto; tú me has mostrado el vigoroso filón escondido dentro de mí mismo y me ordenaste: Cava. Tú me libraste del pecado de Odio. Y todo fué en silencio, en el silencio donde cuajó la mágica palabra: Ama”.

Así se hizo el milagro de vivir intensamente los dolorosos momentos de aquella vida que no era la mía y que tan mía se me antojaba. Entonces, hubo como fuerza des-

acostumbrada que me arrastró; y quedó limpia mi juventud, y pude contemplar la huella de mis pasos. Honda falla, hubo hasta ese día en mis afectos; muy honda era la de mis conocimientos: toda una mañana perdida perezosamente al calor del tibio y enervante sol de invierno. ¿Cómo había yo desparramado el tesoro de mis afectos?

Juan Cristóbal me lo enseñó con claridad meridiana: ¿qué valían mis dolores, si en mi soledad ellos no fueron capaces de cuajar fertilizando mi existencia? ¿qué, mi alegrías si no sirvieron de consuelo a un triste? ¿de qué me valieron las locas correrías por el campo, a cielo abierto, sino para crearme un culto exagerado y egoísta del "Yo mismo"?

Pero escuché la voz de mando. Y fué mi consigna: ¡Adelante! ¡Adelante! Tienes que nacer y morir muchas veces, y sufrir como un parto doloroso en esa continua reviviscencia que se repetirá una, dos, tres veces, hasta la tumba. Esa será tu verdadera Vida: un incesante renacer. Y cuando creas haber alcanzado tu última forma, llegará un día en que los ropajes de tu alma te parezcan gastados; llegará un día en que las flores de tu jardín estarán marchitas, y no encontrarás reposo, ni sombra que te calme, ni fuego que desentumezca tus miembros; ni amanecerá en tus mañanas; no oirás, a pesar de la fuerza de espasmo con que abras tus ojos; no oirás, a pesar de que todo tu cuerpo se tienda anhelante en busca del Sonido; no caminarás, porque a pesar del sol, todo estará en tinieblas. Será porque **todavía ,todavía** te falta una Forma, te espera una mutación, te aguarda una muerte.

.....
Y también llegó mi hora. Resurrexit!

Mis ojos estuvieron abiertos y no veían! Mis labios nunca habían pronunciado con santa unción la suave palabra. Mi corazón dormía: y por fuera, a la fresca rosada sombra del amanecer, se realizaba el milagro. Y así fué.

Y contemplaba, ahora, dilatada de asombro mi pupila, la larga sinuosa caravana de los que hasta entonces estuvieron lejos de mí, estando tan cerca! Hubo un lento des-

file, mientras sangraba la herida como un abierto labio que manase besos; hubo el tropel levantado al conjuro de la palabra nunca escuchada: Ama.

Y llegó a mis oídos, y temblé de espanto al oírlo, el latido del inmenso corazón de los hambrientos que me tendían la mano, diciéndome: Pan.

Y atendí el lamentable quejarse de los desnudos, cuyo cuerpo se vestía con el bronce de los astros.

Hasta mí se arrastró la suave imploración de los humildes: Hermano! hermano!

Y la risueña canción de los vencedores también voló hasta mí. Y sentí el horror de los oprimidos cuyas manos crispadas clamaban: Justicia. Y me asqueó el bárbaro forcejear de los que tenían secas las raíces del alma, de los ruines, de los que traficaban con el espíritu, pero que eran también mis hermanos. mis hermanos malditos!

Oh! entonces, entonces fué la letanía angustiosa musitada al paso por los que venían:

Hermano! Me negaste un día, el agua de tu fuente. Dame de beber, ahora.

Hermano! Yo ansié las frutas de tu huerto y ellas me fueron quitadas.

Hermano! No quisiste alargar tu mano fresca para curar la fiebre de mi inquietud.

Hermano! En vano llamé a tus puertas cuando rugía el huracán en mi interior y el bajel de mi vida se hacía pedazos en las escolleras de la Vida.

Hermano! Yo te amé hasta más allá de la muerte. Yo, hasta más allá del Odio. Y yo te amé sencillamente, te amé sumisamente. No nos amaste!

Hermano! Sufríamos porque el Dolor era recio. Llorábamos nuestra soledad, porque el horroroso frío de su niebla amenazó traernos el espanto de la locura!

Hermano! Tu mirada se apagó cuando pasaste a mi lado y yo arrastraba mi miseria junto a tu bienestar.

Hermano! Tú, que saber reír... y tiene tanta luz como un astro... y guardas el suavísimo perfume de tus flores inmaculadas... Y lo leí en los ojos del Vicio, y en los

rostros ajados, y en los cuerpos cubiertos por el fango! Y me lo decían mil manos suplicantes a mi paso!

Hermano! Un día estuve solo, tremendamente solo... Y no cayó de tu bolsa ni una semilla de esperanza...

Hermano!... hermano!... Todos, todos hacían purgar mi delito: el delito de no haber amado con toda mi alma. Y corrieron mis lágrimas por las culpas que no supe perdonar, por los caídos que no levanté, por los consuelos que no prodigué, por los hambrientos cuyas hambres no quise saciar, por la Sed que no calmé, por el Crimen, por el Odio y por el mismo Amor que no comprendí...

.....

La lluvia fresca azota mi rostro; el viento desgrefa mis cabellos y los trae y los lleva sobre mi frente más clara ahora, más serena; pero no me asusta la tormenta, ni el viento, no la lluvia, ni las nubes que se revuelven en el espacio: nada. Porque en mi jardín interior ha aparecido la calma. Y porque he leído a través de Juan Cristóbal, con emoción intensa pero mía, únicamente mía, cual si fuese la primera y más esperada emoción de mis pocos años, que la Vida está hecha para gastarlo toda en la piedra de los errores, para volcarla toda en un brindis a la Humanidad; para ahogarla en el humo de las piras con que inciensamos a los más extravagantes ídolos; para dilapidarla en persecución de la Utopía; para desgranarla como un fruto maduro, en alimento de pájaros ingratos y de las aves del Olvido; para sembrarla con la semilla de la Inquietud y con el grano robusto de la Esperanza y con la simiente peligrosa de la Ambición; para cruzarla yendo y viniendo en pos de todos los deseos, loca y santamente enamorados de la misma Vida cuando es fecunda; para aniquilarla ofreciéndonos desnudos a las fuerzas, naturales. Y luego de volcada, ahogada, despilfarrada, desgranada, y sembrada y recorrida y aniquilada, después de todas las contradicciones, después de todas las caídas, rehacerla, rehacerla poniendo para ello todo lo que resta; rehacerla y en un nuevo milagroso bautismo, dejarla limpia de errores, y llena de renovadas ansias para rei-

niciar la cruzada como el viajero que despierta después de reparar sus fuerzas.

.....

Una voz interior, vibrante y enérgica, resuena como un golpe dado en el bronce:

Tu juventud ha renacido más limpia, más valiente, más aromada, más tuya. Y ahora empléala como una espada templada con el triple temple del fuego de los cielos, el agua de las fuentes y el amor de los hombres: el fuego de los cielos que te dará fe y purificará perennemente tu cuerpo y reducirá a cenizas lo que esté mancillado, lo que lleve marcas del barro; el agua de las fuentes que te hará retornar a la Fuente y lavará con su frescura tus culpas y hará germinar en tí la esperanza; el amor de los hombres que será el único culto al que ofrezcas el oro, incienso y mirra de tus días, en la cotidiana plegaria de tu corazón.

Romain Rolland

por

ANDRÉS RINGUELET

Con gesto enérgico y tranquilo irguió su cuerpo, doblegado otrora por el fardo inmenso de los prejuicios.

Frente noble, herida por manos mercenarias que intentaron ahogar su garganta pura porque proclamó paz.

Maldición de pueblos mediocres. Bozofia de almas protervas que arrojaron sobre él estocadas falaces, de tradiciones, convencionalismos y conceptos atávicos; creyendo que la verdad se mata con la ceniza del pasado.

Romain Rolland: mirada firme y serena — vicectriz al oriente de la vida — lanzó solo, con rebelde virilidad, su idea justa en el caos humano.

Cuando el mundo, ciego por pasiones enfermizas, se arrojó a la guerra, modulando sus labios, con amarga inocencia, la palabra santa de "Patria"; él, vislumbrando el error, acalló su cerebro y expandió el corazón.

Y su alma grande como ansias de amor, sobrellevó el dolor amargo del desdén y la injuria.

Porque fué bueno y justo purgó las penas de los otros, con fe ciega en el entrevisto devenir de cosas mejores.

Larga, penosa y lenta se tornó su marcha por este sendero cruel que es la vida. Mas el dolor no puso el rictus amargo de la derrota en su rostro tranquilo.

Y ahora que todos comprenden, reconocen en él — hermano de Ghandi y discípulo de Jesús — al maestro del amor y la piedad.

Ya las campanas timbran maitines ledos de gloria, anunciando el leño tosco y señero que la humanidad forja con el dolor llorado por las madres y los corazones agostados de sus hijos.

Una cruz, síntesis de comprensión humana, cuyos brazos piadosos enseñan las palabras sacras, causa del trasegar purificante: *por el dolor y el amor.*

Romain Rolland

por

HÉCTOR J. BASSO

Pocos hombres saben llegar tan sutilmente al corazón y al cerebro, como el autor de “Vidas de Hombres Ilustres”.

En “El Alba” de su admirable “Juan Cristóbal”, nos ha hecho emocionar, reviviendo pedazos de nuestra infancia perdidas en el tiempo.

Su serena figura alzóse valientemente al sonar los clarines de la ofuscación, dando una lección de amor a la Humanidad.

Todos los jóvenes tendríamos que ir de su mano por los tortuosos senderos que nos brinda la Vida.

Es el maestro que nos enseñó a conjugar el verbo divino de la nueva religión.

Romain Rolland

por

SAÚL SILVA

Por el regalo que nos hiciste de tu gran libro: libro de Amor, libro de acción, de sano optimismo; Evangelio de las juventudes, terreno siempre propicio para la divina siembra de la Bondad, fuente perennemente cristalina para refrescar el ara de los sacrificios, bosque umbrío y rumoroso, a cuya sombra descansan los cansados ojos y se reaniman los espíritus que flaquean por las jornadas bravías y se acercan los desconocidos viajeros que, sin saberlo, van en pos del mismo fin.

Por el regalo mil veces bendito de tus frases amigas que nos acompañaron en el sueño y nos mostraron toda la claridad de tus pensamientos humanos, magníficamente humanos.

Por el presente que nos hisiste de tanta Belleza ¡de tan esplendorosa Belleza!, y por la confianza que en nosotros renació; por la sonrisa que floreció en nuestros labios, animando las durezas del rostro, atemperando las flechas de la mirada envejecida de tanto reflejar colores grises... Por todo: gracias.

Y somos muchos los que nos hemos acogido al amparo de tu magnificencia:

Los que creemos firmemente en la bondad del Hombre y aguardamos la llegada de otros más bonancibles días.

Los que aún no hemos pecado con el Egoísmo.

Los que amamos la vida a través de su dureza y aún no sabemos, no podemos revolcarnos en el oleage de sus cobardías.

Los que hemos probado la amarga fruta de la Culpa y del Error: éramos entusiastas y teníamos demasiado fuego en el corazón. Pero haremos la ofrenda melancólica de

nuestra rota copa de cristal y traeremos para la final comunión, rosas del jardín, rosas rojas del jardín regado y fertilizado con aquellas primeras lágrimas. Y traeremos perfumadas manzanas de nuestro huerto: frescas, incitantes, sedosas. Alguno quizá conserve, ya vacío, el cántaro con que perfumó los días de su inocencia: también lo traerá.

Los que hemos caído y sentimos todavía el dolor violento, punzante de la primera caída, de la segunda... de cuántas! Aún caeremos más.

Los que vimos al Dolor llamando a las puertas de nuestro corazón, enfriando el fuego de nuestros hogares, silenciando nuestros cánticos, tronchando nuestra juventud!

Los que titubeamos entre tantos rumbos que se nos ofrecen para llegar al único destino. Y los que ya hemos elegido un sendero, y ansiamos recorrerlo bañándonos en la cruenta luz de la Verdad. Y los que aún no hemos partido, pero sentimos arder en nuestro rostro, la fiebre de la impaciencia...

Todos. Todos los que queremos ser algo y escuchamos la tentadora maravillosa sinfonía interior que nos obliga a vivir la juventud y desplegar nuestras alas, aún cuando sea en pos de una mentira. Todos. Todos los jóvenes que no nos sentimos solos, gracias al sortilegio de los corazones que se comprenden y de los ojos que se miran fraternalmente.

Los que todavía no hemos sufrido. Y lo deseamos.

Los que todavía estamos vírgenes de pecado. Y lo esperamos. Mas, si a pesar de ello, arribamos sin mancha al término de la ruta, se escuchará el sonoro tintineo de nuestro cáliz de oro, en el que nuestros hermanos, los enfermos, beberán luminosos sorbos del agua sedante que supimos guardar!

Los que sabemos reír. !Y no lo negamos!

Los que tenemos fe: fe en nosotros mismos; fe en los que vendrán y serán más numerosos y estarán más unidos; en los que nos estimulan sin ser suficientemente atrevidos para acercársenos; en los que nos combaten, porque tienen la sinceridad de hacernos frente y es posible que nos

amen después de la lucha; fe en los que nos odian desde la sombra y el silencio, ya que nos enseñan, cuanto valen la luz y la acción; fe hasta en los que no nos escuchan, ni nos ven, ni nos sienten pasar.

Los que hemos estado solos, sin una mano amiga que entibiara nuestra mano; sin una voz amiga que respondiese a nuestras voces; sin una sombra amiga que marchara junto a la nuestra. Y también los que ya no lo estamos, porque tenemos un Amigo. Y los que presentimos que no hemos de hallarlo nunca...

Los que no creemos en el mito de los dioses, porque tenemos, en cambio, nuestro Dios interior que nos consuela y nos alienta.

Los que no sabemos odiar, porque el odio desencadena demasiadas tempestades y precipita peligrosos aludes.

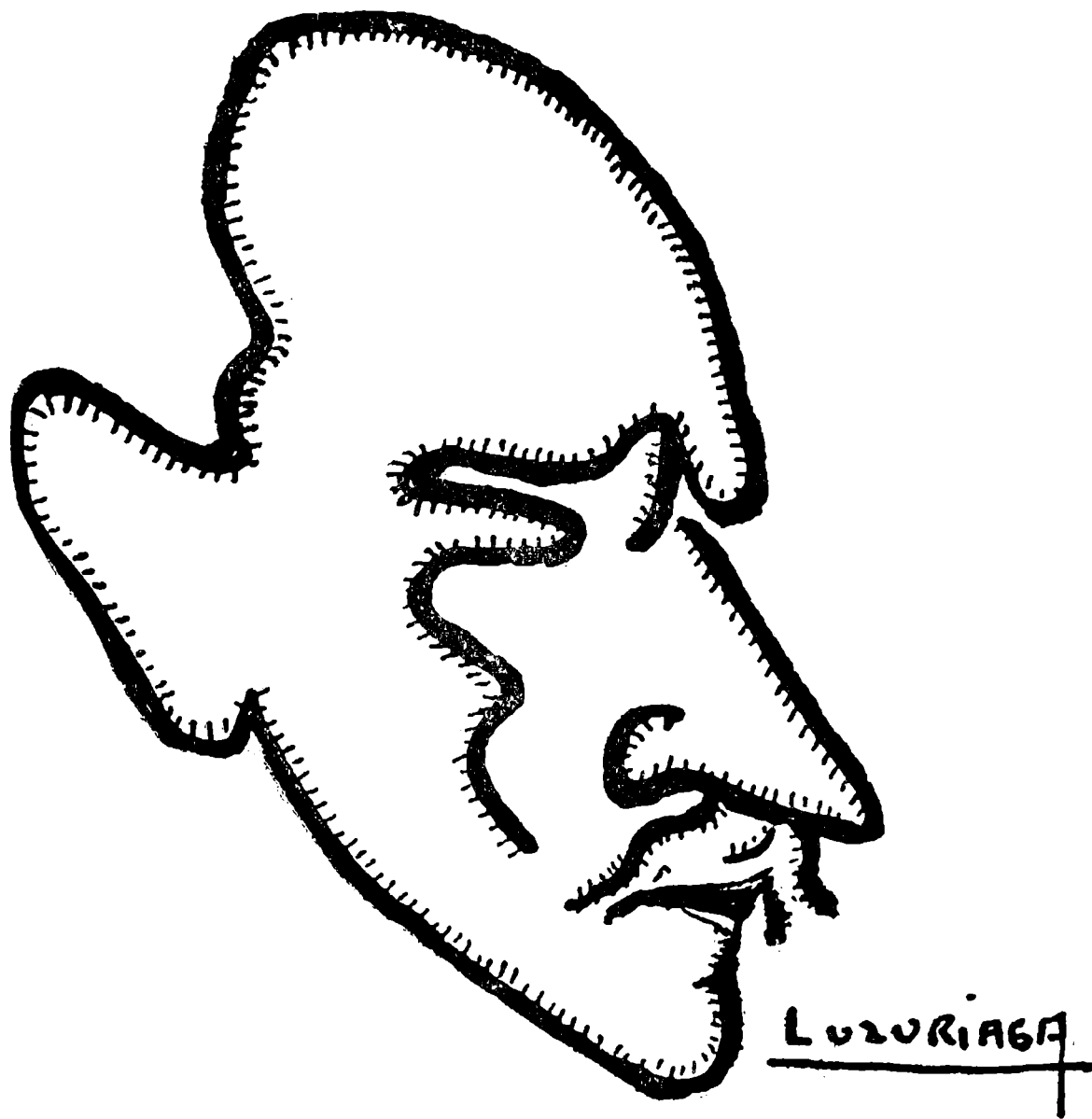
Los que ansiamos un aire más respirable y horizontes más definidos: miramos *más allá* de la niebla circunstante y *sabemos* que más allá está el sol. Queremos estar de pie antes del toque de clarín que conmoverá a la Humanidad!

Y los que sabemos soñar: tranquila o nerviosamente.

Y los que buscamos con afiebrado afán, la huella del Hombre en el hombre mismo.

Todos como una solo. Aún cuando supiéramos que la espera, y el amor y la confianza fuesen en vano. A pesar de eso.





ROMAIN ROLLAND

Por Luzuriaga

Opiniones extranjeras sobre Rolland

De Einstein a Romain Rolland

Querido Maestro:

Una vez sola os he visto con los ojos corporales, cuando estábais todavía bajo la reciente impresión del estallido de la catástrofe europea, solitario, visionario, sufriendo hondamente con los hombres en lucha, agobiado por el convencimiento de que no era posible libertarlos y darles luz. Nunca habías podido contentaros con influir solamente sobre los hombres refinados a través de vuestro arte excelso y de vuestra palabra; queréis ayudar a las criaturas vivas, opresas bajo las calamidades que ellas mismas se crearon.

Las rudas masas hacen su trabajo urgidas por sorda pasión, de la cual son esclavas y ellas mismas y las naciones que las personifican. Se irritan unas contra otras en su delirio y se empujan unas a otras hacia el desastre; pero la atroz tarea la cumple cada una íntegramente, sin discordia interior. Los pocos hombres que no participan del rudo sentir de esas masas, los que no caen bajo la influencia de la pasión y se aferran al ideal del amor universal entre los seres humanos, soportan duro destino. Se les arroja de la sociedad y se les trata como a leprosos si no se avienen actos ante los cuales retrocede su conciencia o a callar cobardemente lo que sienten y lo que ven. Vos, querido maestro, no habéis callado, sino padecido, combatido y consolado, como alma grande.

En estos tiempos, vergonzosos para nosotros los europeos, hemos visto que la sola gimnasia de la inteligencia no protege contra la pequeñez de alma y la barbarie de los sentimientos. Pero confío en que las buenas intenciones, humanas, nobles, no se dan mejor en las universidades y las academias que en los talleres de los silenciosos, ignorados hombres del pueblo.

Hoy os envía sus saludos la comunidad de aquellos que ven en vos ejemplo luminoso. Es la Sociedad de las Almas Solitarias, inmunes contra las epidemias de odio, para quienes la abolición de la guerra es el primer paso hacia la salvación moral de la humanidad y para quienes este propósito es incomparablemente más importante que los intereses egoístas de una nación o de una raza.

ALBERT EINSTEIN.

(P. H. U. tradujo del "Liber amicorum Romain Rolland").

De MIGUEL DE UNAMUNO

“La verdad os hará libres”. Así dijo el Cristo. Y es la mentira y sólo la mentira, la que nos hace esclavos. Sobre todo la mentira del patriotismo guerrero y de la razón de Estado.

Por haber proclamado la verdad, por encima de la pelea, ha sido Romain Rolland maldecido por los energúmenos de la acción.

Romain Rolland ha trabajado para crear por encima de las ideas que separan, un pensamiento que una a los pueblos. “¿Pensée européenne?” No sabemos ya que es Europa, esta triste y pobre Europa.

El 29 de enero venidero cumplirá Romain Rolland sus sesenta años. Yo los cumplí el 29 de septiembre del año próximo pasado y ya que le llevo más de un año, que soy mayor que él, puedo decirle que ahora es cuando se le abre el porvenir. Por que las esperanzas se construyen con recuerdos, y sólo él, que de veras vivió, vivirá de veras. Otros dirán sus mejores dichos.

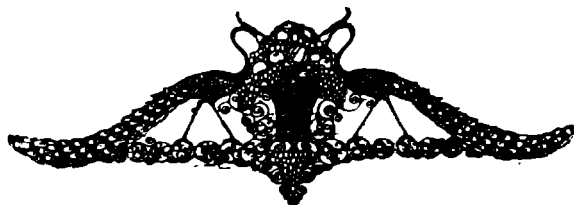
Mientras los hombres esclavos de la mentira oficial, se esfuerzan por fraguar con diplomacia, una hipócrita Sociedad de las Naciones, Romain Rolland ha vivido y pensado y escrito para crear, con poesía una Hermandad de los Pueblos. Y por esto, los servidores de la nación, le han maldito y le bendecirán los hijos del pueblo.

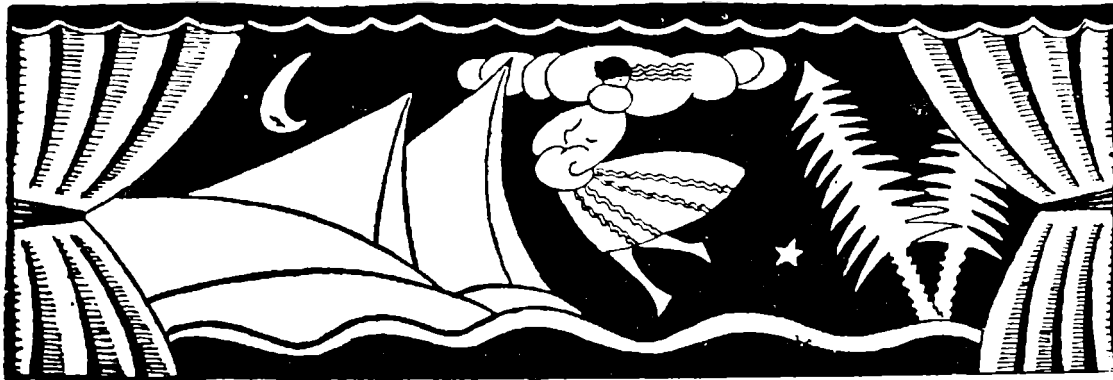
A él, que se ha alejado de Francia, de su patria, para tenerla más cerca del corazón, le envió este saludo desde un rincón de Francia, de mi país vasco, y a la vista de mi España que me llama.

De M. K. GANDHI

Me he abstenido deliberadamente de contestar a su carta durante toda esta semana, no por mala voluntad de mi parte en contribuir con mi humilde aporte al tributo que le rendirán muchas personas del mundo entero a la humani-

taria labor de Romain Rolland. La dificultad estaba en mi insuficiencia para considerarme entre esos literatos cuya contribución ha sido solicitada. Esto no es fingida modestia, sino mi íntimo sentimiento. Tampoco puedo, porque, yo lo confieso, no conocía nada de nuestro grande y buen amigo, hasta que él mismo se impuso la tarea de convertirse en mi propio propagandista. Y usted, se admirará al saber que ahora, también, mi conocimiento de él, se reduce a una mirada precipitada al folleto que se refiere a mí. El trabajo que tengo, no me deja tiempo para leer las cosas que me agradan, por lo tanto, no he podido leer, ni aún ahora, ninguna de sus grandes obras. Todo lo que conozco de Romain Rolland, es lo que aprendí de aquellas personas que han tenido relación personal con él. Tal vez es mejor que yo lo conozca a través del contacto viviente de amigos comunes, eso me ha permitido comprender y apreciar la profunda humanidad de todos sus actos, en todas las esferas de la vida. El mundo es más rico por su vida y su obra. Que continúe él por mucho tiempo la noble misión de predicar la paz entre el género humano.





Páginas escogidas de Romain Rolland

El teatro nuevo

(De "*Le Théâtre du Peuple*".)

¿Cuáles serían las condiciones de un teatro que quisiera ser realmente popular?

No trataré de dar reglas absolutas: es preciso tener el tacto de recordar que no se hace aquí cuestión de leyes buenas, sino de leyes buenas para un tiempo que pasa o para un país que cambia. Un arte popular es móvil por esencia. Sólo podremos pretender establecer un promedio aplicable al pueblo de París, en la hora presente.

La primera condición de un teatro popular, es la de ser un descanso. — Es preciso que sea un reposo físico y moral para el trabajador fatigado de su jornada. Incumbe a los arquitectos del teatro futuro, velar porque las localidades de menos costo no sean lugar de suplicio; los poetas procurarán que sus obras susciten alegría y no tristeza o fastidio. Es preciso una gran vanidad, deseosa de ostentarse, o una puerilidad insensata, para osar ofrecer al pueblo las últimas producciones del arte decadente, que suele brindarse algunas veces a la inteligencia de los ociosos. En cuanto a los sufrimientos de los escogidos, a sus angustias y a sus dudas, que ellos los guarden para sí; el pueblo tiene demasiado con lo suyo sin que se le agregue más. Tolstoy, el hombre que en nuestro tiempo ha comprendido mejor y amado más al pueblo, no siempre ha escapado a este sesgo del arte, no obstante que con él supo humillar rudamente el orgullo. Su vocación de apóstol, su necesidad imperiosa de imponer su fe, las exigencias de su realismo artístico, han sido más fuertes, según creo, en el "*Poder de las Tinieblas*", que su admirable bondad. De tales obras pienso que son más bien desconsoladoras que útiles para el pueblo. Si solamente hubiéramos de ofrecerle tales espectáculos, tendría razón de volvernos las es-

paldas e irse a la taberna a buscar el adormecimiento de sus penas. El pueblo ama los espectáculos violentos, a condición de que estas violencias no aplasten una vez más (en el teatro como en la vida), los héroes con los cuales se identifica. Por muy resignado o desalentado que sea en cuanto le atañe, tiene un optimismo exigente en cuanto se relaciona con los personajes de su ensueño: sufre con un desenlace lúgubre. ¿Es decir que necesita del melodrama lacrimoso, que termina felizmente?

Evidentemente, no. Esta mentira grosera es un soporífero y un estupefaciente que contribuye, como el alcohol, a mantener al pueblo en la inercia. El poder de descanso que queremos atribuir al arte no debe ejercerse en detrimento de la energía moral. Muy al contrario.

Segunda ley: Que el teatro sea una fuente de energía. — El deber de evitar cuanto deprime y cohibe, es negativo y tiene un contrapeso necesario: sostener y exaltar el espíritu. El teatro, reposando al pueblo, le torna apto para obrar más tarde. Los seres simples y sanos, no tiene alegría completa sin la acción. Que el pueblo encuentre en su poeta un buen compañero de marcha vigilante, jovial y acaso heroico, en cuyo brazo se apoye, olvidando las fatigas del camino.

El teatro debe ser claridad para la inteligencia. — Debe contribuir a derramar el día en el terrible cerebro humano, lleno de sombras, de repliegues y de monstruos.

El pensamiento del obrero reposa en tanto su cuerpo trabaja; le es útil ejercitarlo y por poco que lo haga le resultará placentero, como es grato para todo hombre robusto cualquier rudo ejercicio que torne ágiles los miembros entorpecidos por una larga inmovilidad. Que aprenda, pues, a ver y juzgar claramente las cosas, los hombres y a sí mismo.

Condiciones capitales de un teatro popular: la alegría, la fuerza y la inteligencia. — El solo hecho de existir un teatro permanente, de altas emociones comunes y repetidas, crea — por cierto tiempo — un lazo fraternal entre los espectadores. En lugar de bondad: dadnos más razón, más felicidad y más energía: la bondad la pondremos por añadidura. El mundo es más necio que perverso y principalmente es perverso por necio. La gran tarea es hacer entrar más aire, más claridad, más orden en el caos del alma.

Evitemos sobre todo prédicas y homilías, gracias a las cuales los amigos del pueblo tienen el arte de volver al arte repulsivo para quienes le aman más. El teatro popular debe evitar dos excesos en que suele incurrir: la pedagogía moral que de obras vivientes extrae frías lecciones — lo cual es, a la vez, antiestético y torpe: porque el espíritu desconfiado ve el anzuelo y se vuelve —; y el

dilettantismo indiferente que quiere, a toda costa, divertir al pueblo únicamente.

Ni búsqueda de la moral, ni búsqueda del placer. De la salud. La moral no es sino una higiene del espíritu y del corazón. Hagamos un teatro que desborde salud y alegría...

“El júbilo, resorte potente de la eterna Naturaleza...

“la alegría que mueve el rodaje del reloj de los mundos...

“la alegría que hace girar las esferas del espacio...

“la alegría que hace surgir las flores de la semilla y los soles del [firmamento...”

Noviembre de 1923.

Teatro

Romain Rolland ha demostrado siempre gran predilección por el teatro. El teatro es la forma artística popular por excelencia y aquella por la cual el artista puede penetrar más honda y naturalmente en las almas. Se advierte por qué Romain Rolland inclinase como por gravitación hacia ese género de literatura viviente y emocionante.

En las tres “Tragedias de la Fe” (San Luis, Aërt y El Triunfo de la Razón), nos ha dado tres tipos fundamentales de hombres superiores. San Luis es quizás la mejor de las tres: pasa el Rey por la obra como un protagonista de historia o como un hombre de tragedia. Aërt, que es la fe en sí mismo tal cual San Luis es la fe de Dios, teatralmente es inferior: la inverosimilitud transforma a ese joven en un faccioso impulsivo. El Triunfo de la Razón, con varios optímates, es la más fría: la fe en la razón, aquí es una apelación desesperada.

De la Revolución Francesa se propone Romain Rolland escribir varias obras, que den impresión de arte y verdad. (¿No es tolstoiano también esto?)

La trilogía “14 de Julio”, “Dantón” y “Los Lobos”, más “Amor y muerte”, “El Triunfo de la Razón” y una tragedia proyectada, “Robespierre”, formarán el políptico revolucionario.

Traducimos la escena más substancial de la tragedia “Le Jeu de l'Amour et de la Mort” e indicamos el asunto.

“Del Amor y de la Muerte”

PERSONAJES:

JERÓNIMO COURVOISIER (*de 60 años*), *miembro de la Convención, sabio, revolucionario, hombre de perfecto equilibrio moral. Esposo de*

SOFÍA (*de 35 años*), *mujer de espíritu superior, totalmente femenina aún en ciertos líricos alardes de rebelde.*

CLAUDIO VALLEE, (*de 30 años*), *diputado girondino, proscrito.*

LÁZARO CARNOT, *del Comité de Salvación Pública, íntimo amigo de Courvoisier.*

DIONISIO BAYOT, *anciano decrepito.*

Otros personajes secundarios.

La acción en casa de Courvoisier, en París, a fines de marzo de 1794.

ARGUMENTO

Sofía de Courvoisier se ha casado sin amor, con la voluntad de acompañar a un hombre a quien respetaba y admiraba, tal vez retribuyendo una noble pasión. A quien ella quiere es al joven Vallée. Nunca hizo confesión de este amor, de manera que debe ser profundo. Impúlsanla hacia él cierta afinidad espiritual y la incontrarrestable fuerza de la belleza y la juventud.

Circula la noticia de que Vallée ha sido decapitado y Sofía no puede disimular la dolorosa impresión. Se comentan en una tertulia los abusos del despotismo terrorista y enalécense el valor y los méritos de Claudio. Se oye ruido y alguien entra, vestido de campesino.

Es Vallée que, perseguido, en peligro inminente de morir, quiere despedirse por última vez de Sofía.

Dionisio Bayot, el viejo decrepito, revélase un felón encubierto; tan pronto sabe de la llegada de Vallée corre a denunciarlo, comprometiendo la vida de quienes le amparan. Hay pena de muerte para el que hospede a un girondino.

Vallée y Sofía se confiesan por primera vez su amor. En una escena de exquisita ternura y de dignidad, Sofía alude a sus obligaciones de esposa. No se trata de deberes civiles sino de compromisos morales y hasta sentimentales, no un obstáculo material, sino la fidelidad al pacto conyugal, de amistad, de compañía, lo que la mantiene segura en su pasión.

Cuando Courvoisier llega, desengañado, de la Convención, Vallée se oculta. Hay cierto rencor en este joven hacia ese noble anciano.

Courvoisier se entera por Sofía de la presencia, en la casa, de Vallée. Hay que salvarlo. En el diálogo que ambos hombres sostienen, el más joven llega a la ofensa. Interrúmpeles el ruido de gente que penetra apresuradamente. Vallée es ocultado en un lugar seguro.

Momentos después de los pesquisidores, que comienzan su búsqueda, entra Carnot; obliga a los polizontes a que se retiren. En la escena que damos a continuación, Carnot entrega a Courvoisier dos pasaportes, uno para él y otro para Sofía; único recurso con que podrán ponerse en salvo.

Retirado Carnot, esposo y esposa quedan solos. Tienen dos pasaportes y son tres a huir. Para tí y Vallée — dice Courvoisier — yo soy viejo y tú nunca me has querido.

Sofía toma su pasaporte y dulcemente lo rompe y lo arroja al fuego de la estufa. Lllaman a Vallée que vuelve atemorizado; es joven y teme morir. Sofía le da el pasaporte que serviría para su esposo y aquél lo guarda, sin saber cuál es la situación de los que quedan. Da las gracias y se va.

Junto al fuego quedan Sofía y Jerónimo. Anochece. En vísperas de la muerte hablan de su amor. En el crepúsculo este amor tan triste se abre como una estrella. Se oye que una tropa sube las escaleras precipitadamente. Sobre una mesa hay un ramo de lilas.

—Ofrécemelas, — dice Sofía a su esposo que se las da cuando en la puerta aparece un policía con el quepís puesto.

ESCENA IX

CARNOT

¿Qué es lo que se lleva Crapart?

JERONIMO

Mi acta de acusación.

CARNOT

¿Tu acta de acusador o de acusado?

JERONIMO

Las dos. Acuso en esos papeles los abusos de la constitución y acuso a los déspotas que la explotan.

CARNOT

Apedreas el cielo: La piedra vuelve a caer sobre tí.

JERONIMO

Lo sé. La verdad mata.

CARNOT

Courvoisier, el tiempo apremia. Yo lo sabía al venir. Pero las cosas van más a prisa de lo que yo creía. No pensaba a encontrarme aquí a esos espías.

JERONIMO

¿No los manda el Comité de Salud Pública?

CARNOT

El Comité de Salud Pública no tiene necesidad de espías. Le basta con tus amigos.

JERONIMO

¿Dionisio Bayot ha hablado?

CARNOT

Sí.

JERONIMO

No tengo nada que contarte, entonces.

CARNOT

Tienes aquí escondido un perro de la Gironda.

JERONIMO

¿No pretenderás que yo lo entregue?

CARNOT

No. Pero échalo fuera. ¡Que vaya a hacerse ahorcar en otra parte! No vengo aquí para hablarte de él. Donque quiera que esté, donde quiera que vaya, la piel de ese infeliz no vale gran cosa a estas horas. Vengo para hablarte de tí mismo.

JERONIMO

¿Qué quieres?

CARNOT

Ya lo sabes: te han hecho sospechoso. No es cosa de hoy. Tu actitud incierta desde hace algunos meses, tu desaprobación muda de los actos del Comité, tu abstención misma, te han señalado como enemigo. No ha sido difícil adivinar tus sentimientos ocultos. Sólo tus servicios anteriores y la intervención de Prieur, de Jean-Bon y la mía, porque estábamos deseosos de salvar para la defensa nacional una cabeza como la tuya, han logrado protejerte. Pero ya el vaso está lleno. El escándalo de tus palabras sueltas, en la sesión de la Asamblea, tu fuga precipitada, han hecho estallar la irritación del Comité. Una escena violenta acaba de ocurrir allí. Nos hemos desbordado. La mayoría quiere acabar con la resistencia silenciosa, más perniciosa que la que habla. Te da a escoger: o te pones francamente de parte de los nuevos decretos, es decir, contra los proscriptos; o serás desterrado. Y he venido a decirte: debes ir, esta misma noche, a ver los jacobinos, subirás a la tribuna, y te declararás en favor de los decretos. Es la condición impuesta para salvarte.

JERONIMO

(*Con calma*). — Me niego. Lo entiendo bien: desde hace un año, mi conducta se ha mostrado demasiado dudosa. Y hoy todavía

he dado muestras de una inquietud que no era digna de mí. Pero luego, circunstancias que sería inútil referir, me han devuelto la claridad de los ojos y la tranquilidad del espíritu. Y me siento feliz al poder asumir de nuevo mis responsabilidades.

CARNOT

¿Cuáles?

JERONIMO

Atacaré las proscripciones y la dictadura de sangre.

CARNOT

No lo harás. No tienes el derecho, ni tampoco el poder de hacerlo.

JERONIMO

Tengo el derecho de mi conciencia y el poder de sacrificarme por ella.

CARNOT

¡Loco, que no ves que no es posible en estos momentos ni siquiera hacer vacilar al Comité en su poder sin arruinar nuestra obra: la República!

JERONIMO

Nuestra obra era la aspiración de fundar los derechos del hombre libre.

CARNOT

Para que el hombre sea libre, hay que defenderlo ante todo de aquellos que lo esclavizan. Los derechos del individuo no son nada sin la fuerza del Estado.

JERONIMO

No son nada, sacrificados a la fuerza del Estado.

CARNOT

No son nada, ahora. Serán. ¡Sepamos sacrificar el presente al porvenir!

JERONIMO

Sacrificar en aras del porvenir la verdad, el amor, todas las virtudes humanas, la estima de sí mismo, es sacrificar también el porvenir. La justicia no nace sobre un suelo viciado.

CARNOT

Hablemos francamente, Couvoisier. Somos hombres de ciencia. Conocemos ambos la inexorabilidad de las leyes de la Naturaleza. No le preocupa, a la Naturaleza, el sentimentalismo. Y la virtud de los hombres, ella la aplasta con el pie si así le conviene para realizar sus fines. La virtud es nuestro objetivo. Yo voy hacia el objetivo. Pagaré cualquier precio que haya que pagar. No soy yo quien ha fijado el precio. Lo acepto. Me disgustan, como a tí, quizás más que a tí, esos hombres de astucias y de sangre. Más que tú, tengo que vivir con ellos, codo con codo. Me disgustan las violen-

cias que cada día me obligan a firmar. Pero no me creo con el derecho de negarme a ellas y de desertar la acción, porque me manche las manos. Creo ganado el objetivo de la batalla. El progreso de la humanidad bien vale algunas suciedades. Hasta crímenes, si es necesario.

JERONIMO

Te comprendo, Carnot. No condeno tu falta de piedad. La ciencia, tú lo has dicho, nada tiene que hacer con la piedad. Desconfío, como tú, del sentimentalismo. Pero desconfío también de la ideología. Y, con más edad que tú, no tengo ya tu fe en el Progreso humano. Sé demasiada ciencia para creer sin reservas en una de nuestras hipótesis (porque el progreso no es otra cosa que una hipótesis). Y, por muy halagadora que sea para el genio del hombre y para su esperanza ardiente, no haré de ella nunca un dios para ponerlo sobre un altar y alimentarlo con la sangre de los sacrificios. Nada hay para mí de sagrado sino la vida, la vida presente.

CARNOT

¿Y tú das la tuya?

JERONIMO

Me niego a dar la vida de los demás.

CARNOT

La vida de ellos, de todos modos, está perdida.

JERONIMO

La mía no lo está si opone a una época vil de cobardes y de tiranos el ejemplo de un alma libre.

CARNOT

Me río de tu alma libre. Pero me interesa tu vida. Tengo necesidad de tu cerebro. Nos hacen falta tu trabajo, tu genio. La patria los reclama. Estás movilizado. No tienes el derecho de huir. Frustras para la nación frutos que le debes.

JERONIMO

Lamento interrumpir los trabajos comenzados. El amor de la verdad es el único que no traiciona. Su persecución paciente y ferviente, es el único bien duradero. Pero nosotros hemos aprendido, en estos últimos años, que es necesario estar siempre listo, de un día para otro, a renunciar a todo lo que nos pertenece: riqueza, honor, felicidad, amor, trabajo y vida. Yo estoy listo.

CARNOT

¡Egoísta! No piensas sino en tí mismo al entregarte. Yo también estoy listo, en cuanto a mí. Pero no lo estoy en cuanto a tí. No me resigno. En nombre de la vieja estima y de la comunidad de trabajo que nos ligan: acepta las condiciones de salvación que te traigo.

JERONIMO

No puedo (*se aparta*).

CARNOT

(*Encogiéndose de hombros*).—¡Teorema! ¡Cabeza de mula! (*Espera un momento, luego da algunos pasos hacia Jerónimo, y le tiende unos papeles.*) Toma, tén.

JERONIMO

(*Toma los papeles y los despliega*).—¿Qué es esto?

CARNOT

¡Yo estaba seguro de antemano! Conozco la testarudez de los matemáticos. Vamos, guárdatelos en el bolsillo. Son dos pasaportes, bajo nombres supuestos, para tí y tu mujer. Pero no hay ni un día que perder. Salid de París esta misma noche. Ahora mismo, si es posible. Hay lugares ya reservados en la diligencia pública de París a Dijón y de allí a Saint Claude. Adiós. Que nadie os vea más.

JERONIMO

(*Emocionado*).—¡Carnot! (*Le estrecha la mano*).—Pero huir, ¿para qué? En seguida nos atraparían. ¿Es preferible escapar a los espías del Comité y al odio de Robespierre?

CARNOT

El no ignora nada.

JERONIMO

¿Quién? ¿El?

El incorruptible. Sí. La iniciativa es mía. Pero aunque él finja no saber nada, he venido con su consentimiento tácito. Tu muerte nos dolería. Le República no puede complacerse en cargar con tu cadáver. Es demasiado pesado. Haznos el servicio de escaparte. El Comité se hace el ciego. Pero no le obligues a abrir los ojos. No te dejes atrapar. ¡No se te perdonaría! (*Sale.*)



Carta a Haya De la Torre

Villeneuve (Vaud), Villa Olga, marzo 15 de 1926.

Mi querido amigo:

Perdonadme si respondo tan tarde a vuestra carta afectuosa y a vuestros dos artículos, en "Europe" y en el "Liber Amicorum", que me han tocado profundamente. Este sesentario ha traído sobre mi cabeza un diluvio tal de cartas que apenas si comienzo a sobrenadar.

No creáis, por otra parte, que aquella ocasión haya de nuevo aproximado hasta mí a los antiguos amigos de antes de 1914, — ¡mis viejos amigos franceses que me abandonaron durante la guerra! Ni uno ha vuelto. Quedaron en los lindes del pasado. Y la Suiza francesa, Ginebra, la propia Cruz Roja Internacional con la que he trabajado y a quien remití una parte de mi premio Nobel, se encerraron en un silencio hostil y obstinado. No me perdonan el haber hecho testimonio de simpatía por la Revolución Rusa, por las Revoluciones del mundo.

Os agradezco vuestras palabras calurosas. Sí; os considero como un hijo, o como un joven hermano. Si el campo de nuestra acción es diferente, la llama que nos anima es la misma: es la pasión de la verdad y de la piedad actuando por el género humano. Pero verdad, desde luego, "ueber alles"! No se funda nada sobre la mentira. ¡Que haya en nuestras almas un temple heroico para el rudo combate a librar hasta nuestro último día! No veremos la victoria tal vez, pero la victoria no es el propósito. La verdadera victoria marcaría tal vez el final de la historia de la humanidad. Nuestro objeto, nuestro lote, es el combate por la vida contra la muerte; por lo justo, por el bien, por lo verdadero, por todas las potencias de la luz. Yo veo la historia humana como un combate perpetuo por arrancar al hombre del abismo de la bestialidad, de la nada, que lo arrastra, y donde él caería sin la suprema tensión de los músculos y de las almas de algunos que le ruegan para que ascienda siempre hacia el sol. Y vos, "hijo del sol", consciente de vuestros orígenes, váis arrastrando penosamente, en la ascensión hasta él el racimo de vuestro pueblo, caído en el fondo de la noche, que se os engancha. Es un duro destino. Pero comprendo que con ningún otro lo querráis cambiar.

Os doy el abrazo fraternal. Alegría en el corazón a pesar de todo. Para hombres como nosotros, la felicidad es la de llevar, como Cristóbal sobre nuestros hombros, al Niño-Humanidad, y de pasar el río con el aplastante fardo. Sus pequeños muslos nos cierran la garganta. El Niño se hace pesado como una montaña. Yo beso sus pies. ¡Bendito sea el Niño!

Vuestro

ROMAIN ROLLAND.

Villeneuve (Vand / villa Olga)
15 mars 1926

Mon cher ami

Pardonnez-moi de répondre si tard à votre
lettre affectueuse et à vos deux articles,
dans Europe et dans le Liber Humanus,
qui m'ont profondément touché. Ce soir même
maire a attiré sur ma tête un tel déluge
de lettres que c'est à peine si je commence à
survivre

Ne croyez point, d'ailleurs, que cette
occasion ait rapproché de moi les anciens amis
d'avant 1914, - mes vieux amis français, qui
m'ont abandonné pendant la guerre ! Pas un n'est
revenu. Ils restent sur la rive du passé. - Et
la Suisse française, Genève, la Croix-Rouge Internationale

Romain Rolland

TROZOS DE UN ESTUDIO

de

JORGE BASADRE

Hacer la biografía de Romain Rolland es casi hacer tan sólo su bibliografía. Su vida es una de las más sedentarias vidas de escritores en estos tiempos calamitosos pero su espíritu es uno de los más torturados espíritus actuales. La Borgoña nivernesa, clara en la leyenda por las viñas ópimas, es su patria como lo sabe quien ha leído "Colas Breugnon", novela en que evoca el espíritu jocundo de la tierra natal. Nació en Clamecy, en 1866. Estudió en el liceo de Luis el Grande en París y en la Escuela la Normal. Su confidente P. J. Jouve cuenta en el libro "Romain Rolland vivant" que a los quince años su catolicismo jansenista sufrió rudas crisis para pasar a un nihilismo filosófico hasta que Spinoza le dió el camino definitivo. "Credo quia verum" (1888), meditación filosófica de un vidente intuicionismo encarna sus inquietudes iniciales. Agregado de la Escuela de Arqueología e Historia en Roma, hizo sus ensayos literarios aconsejado por Malwida de Meysenbug, aristócrata alemana de más de sesenta años pero educadora avanzada, desterrada de su país. Volvió a Roma más tarde también por motivos escolares y más tarde fué profesor en varios liceos y en la Sorbona. Hizo trabajos universitarios sobre las negociaciones diplomáticas después del saqueo de Roma hasta la paz de Cambray, la historia de la ópera Lully a Scarletti — su tesis para graduarse de doctor en la Sorbona — etc. Algunas conferencias y estudios de crítica pictórica y especialmente de crítica musical no coleccionados, pertenecen a esta época. Publicó los libros "Músicos de hoy", "Músicos de ayer", "Haendel". Estrenó algunos dramas en teatros avanzados; especialmente "Danton", precedido por un discurso de Jaures. Sus obras teatrales están distribuidas así: Teatro de la Revolución (el 14 de julio, Danton, Los Lobos); Tragedias de la Fe (San Luis, Aert, El Triunfo de la Razón) y aparte "El Tiempo vendrá" y "Los vencidos". Inició y mantuvo una campaña en pro del teatro del pueblo, desde la "Revue d'art dramatique". Fué secretario del congreso internacional de música de 1900; director de la Escuela de Música y colaborador eminente de la "Revue Musical". De 1904 a 1912 publicó los diez tomos de "Juan Cristóbal", agraciado con el Gran Pre-

mio de Literatura de 1913. Acababa de escribir otra novela, "Colas Breugnon" y reposaba en Suiza cuando estalló la guerra de 1914. Inmediatamente comenzó su propaganda pacifista, viéndose obligado a permanecer en Suiza hasta 1919 en que estuvo brevemente en París por la enfermedad de su madre. En Suiza, cuyo clima conviene a su salud débil, publicó toda su obra contra la guerra: "Por encima de la pelea", "Los Precursores", "Pedro y Lucía", "Empedocle de Agrimente y la edad del odio", "Clarambault", "Liluli". Le fué concedido el Premio Nobel de la paz en 1918. Ultimamente ha publicado "Gandhi" que continúa una serie de "Vidas de hombres ilustres" iniciadas ya con las de Beethoven, Miguel Angel y Tolstoy; "Ana y Sylvia" y "El Estío" que inician una nueva novela cíclica titulada "El alma encantada"; y a fines de 1924: "El juego del amor y muerte".

La más conocida de sus novelas es "Juan Cristóbal". El siglo XX no ha producido acaso una obra literaria más vasta, profunda y grande. Es la epopeya o, para hablar en el lenguaje que place a este escritor, la sinfonía gigantesca que consagra las luchas y vicisitudes del genio para imponerse sobre su época y para la eternidad. El escenario es una pequeña ciudad alemana primero y París, Suiza, Italia después, pero es en realidad la sociedad moderna. Desde la inconciencia distraída con que el niño ve venir e irse a todos los días, reducido el mundo a su hogar, convertidos sus padres en los seres todo poderosos que lo protegen, lo acarician y lo castigan, hasta las más hondas angustias del hombre cuando ama, cuando crea, cuando sueña, cuando lucha, cuando fracasa y cuando triunfa; la insolencia de los grandes, la zafiedad provinciana, el amor maternal que no comprende, la pasión infantil que obsesiona y más tarde provoca una sonrisa, la fuerza de los apasionados, la ineptitud de los cerebrales, la complejidad de los seres más humildes, el simplismo de las vidas más grandes, el amor habilidad comercial y el Shudra por su trabajo corporal" sublimiza el espíritu; lo gracioso, lo sublime, lo triste, lo banal de la vida tienen aquí cabida y expresión.

La universalidad no está ciertamente en el agotamiento de la expresión de lo humano, que nadie podrá hacer jamás sino en la multiplicidad de ambientes, de situaciones, de temas, todos vividos, que se desenvuelve conjuntamente con la unidad de la vida de Juan Cristóbal. Vida que es un monumento a la grandeza humana. Literatos, pintores, músicos, agitadores, instrumentos toscos de la divinidad en la tierra, portadores de un mensaje glorioso, este es vuestro símbolo. Pleno de orgullosa independencia, de apasionado lirismo, de constante virtud de superación, tiene Juan Cris-

tóbal la suprema virtud de unir dentro de una vida de lucha y de esfuerzo, el intelectualismo más intenso con la acción más intensa. Hay en sus últimas páginas una parábola bellísima que explica su significado. San Cristóbal atraviesa el río contra la corriente. Sobre sus espaldas, que se doblan mientras su cuerpo emerge apenas sobre las aguas, está el niño, frágil y pesado que debe llevar a la otra orilla. Quienes lo vieron partir se han dicho que no arribará y largo tiempo le han seguido con sus exhortaciones y sus chanzas. Pero él ha escuchado la débil vocecilla que detrás suyo imperiosamente va repitiendo: *Marcha!* Con los ojos fijos en la ribera oscura y distante avanza penosamente, toda la noche. Avanza. De pronto el angelus suena. Un sol, invisible aún, aclara las cosas. San Cristóbal se detiene en la orilla. "Ya hemos llegado, le dice al niño. ¡Cuánto pesabas! ¿Quién eres? Y el niño le responde: "Soy el día que va a nacer".

A la vez "Juan Cristóbal" es un índice de la época. Quiere ser una novela psicológica y costumbrista y recoge varios elementos importantes de la vida preguerra. Mina, Levy, Coeur, Manuel, Jorge, Arnaud, etc. Pretenden concretar una generación, una juventud, o una raza. Análogo procedimiento empleará Romain Rolland en "Clerambault", para presentar al espíritu francés ante la guerra, con mengua de la agilidad del arte. El arte por el arte no es un credo de este escritor que se documenta ambiciosamente. En el prefacio de "La nueva jornada" dice que ha escrito la tragedia de una generación que va a desaparecer. Por esa concepción amplia, sinfónica, podría explicarse el desarrollo lento de la acción. Es este un símbolo eterno pero es también un hombre de su época confusa; la vida misma llama siempre por contradictorios lados, dispersa en su azar que el héroe vence. Explicaciones, disculpas todas estas ante una obra que pudo ser más económica, que pudo prescindir de hartos episodios y escenas sin que su valor se atenuase.

Tienen toda la ira de la sátira social muchas páginas del tomo "La feria en la plaza". Y tienen profundidad de sicólogo los retratos de la madre, del abuelo, de los vecinos de París, etc. Y pertenecen al realismo crudo el episodio del padre borracho, de Jaquellina, de la traición al honrado Braun. Y hay ternura de poeta en otros momentos. Ternura de poeta hay sobre todo para la amistad. Rolland no ha logrado todavía pintar un gran amor, el amor pasión, y acaso no lo logre ya. Pero en su alma pura ha florecido seguramente el suave milagro de la fraternidad. El amor en "Juan Cristóbal" o es breve o es una amistad. Unión libre y entera de almas afines, mutua entrega pura, apoyo firme, ternura delicada, privilegio bendito.

Este canto que se eleva de tantas páginas de "Juan Cristóbal" es tan reconfortante como el canto a la voluntad creadora que es la obra toda.

La nota predominante en la obra de Romain Rolland es la exaltación de la energía personal frente a la vida. Sus mejores personajes imaginarios son así; y a algo análogo ha dedicado su serie de "Vidas Ejemplares". Son seres fuertes que no necesitan fundamentalmente de los demás: dicen su mensaje obligados casi por un instinto invencible que viene de la naturaleza misma que crea la vida. Raza sana cuyas sensaciones más hondas no se desvían ni por el prejuicio ni por el utilitarismo. Solitarios pero para darse luego: viven con ellos mismos pero con algo más con su obra, con su ideal. Místicos laicos. Místicos, como todos los que lograron supervivir. Y este arte, vivificante es contemporáneo del reflorecimiento del paganismo en Europa, cuando la mujer se está emancipando en el vestido y en el pudor, cuando el hogar como la moral tradicional se están relajando con la vida mundana. Y es contemporáneo de esa otra moda, no ya en el vulgo sino en las minorías más selectas, el esoterismo que considera a la Humanidad mísera esclava del despotismo oriental de un Dios frío y cruel y que considera al hombre como mísera partícula de esta gran maquinaria.

Hay aquí la ironía y el realismo galos. Estos héroes comprenden la vida tal cual es, sin ingenuidad. La vida es dura y cruel, con crueldad y dureza comparables sólo a la de la naturaleza. Los hombres son generalmente egoístas, incomprensivos, débiles. Pero no importa que todos no comprendan; uno que haya, merece compañía. No importa que venga el sacrificio: no hay que mirarlo como algo negro que el sacrificio es alegría y es deber en sí. "Que no se quejen demasiado quienes son desventurados — escribe en el prólogo de las "Vidas Ejemplares", porque los mejores de los hombres están con ellos. Nutrémonos del valor de esos hombres y si somos débiles, reposemos un instante nuestra cabeza sobre sus rodillas que ellos nos consolarán. Mana de estas almas sagradas un torrente de fuerza serena y de bondad omnipotente: no es siquiera necesario interrogar sus obras ni escuchar sus palabras para que leamos en sus ojos, en la historia de su vida, que nunca la vida es más grande, más fecunda ni más dichosa que en el dolor". Algunos de estos amigos predilectos murieron estérilmente. Pero no era, como tampoco los otros ni Romain Rolland mismo, cristiano militante para creer en el gran negocio del sacrificio terrenal a cambio de la bienaventuranza eterna. El holocausto que ellos hacen de su vida a la Belleza o a la Justicia no les importa

que carezca de recompensas. Les basta la voluptuosidad de haber querido traer algo de claridad a la vida — ritmos, notas, esperanzas, ensueños — de haber luchado espontánea, conscientemente, de haber redimido con la heroicidad la miseria de la carne finita y de haber realizado los anhelos del espíritu inmortal.

La exaltación del esfuerzo personal sin llegar al inmoralismo, hace que no haya nada de áspero, nada de duro en el fondo de estos luchadores. Pero al desconfiar de la multitud, tiende su abnegación a crear la aristocracia de un singular mesianismo cuyo progenitor es Cristo. “El hombre del Evangelio — dice Rolland, al terminar uno de sus libros — es el más radical de todos los revolucionarios. Es el principio eterno de la no sumisión del Espíritu al César, cualquiera que sea, la injusta fuerza. Así se legitima el odio que sienten los criados del Estado, los pueblos domesticados contra el Cristo de los ultrajes y sus discípulos, nosotros los eternos refractarios, “conscientious objectors” a las tiranías de arriba como a las de abajo, a las de mañana como a las de hoy, nosotros los anunciadores de Aquel más grande que nosotros, que llevará al mundo la palabra que salva, el maestro puesto en la tumba que estará en agonía hasta el fin del mundo y siempre renacerá: el Espíritu Libre, el señor Dios”.

Por primera vez en la historia, que tan fecunda había sido ya en desgracias, entraron en lucha tantos hombres, tantos pueblos, tantos continentes. Por primera vez en la historia se esbozaron las condenaciones morales. Antaño si algunos intelectuales se aislaban era por misántropo orgullo y si alguno lo hizo no por un móvil biliar ni cerebral sino ético, no tuvo difusión. Ahora la internacionalización que permitió la vasta lucha, permitió la pequeña reacción. La misma “reclame” que en el mercado de la opinión pública universal hizo subir tanto los bonos de los aliados, que pudo ser y el amor que fué más de lo que debió ser, la versatilidad emocional, la ruindad que mata la honra, la pasión que recogió algunos elementos de esta reacción. El caso de Nicolai Leonhard Frank, Latzko en los países centrales, de Bertrand Russell, de Morel en Inglaterra es casi idéntico y revelador.

Romain Rolland también superó el instante en nombre del eterno numen de la Humanidad; desafió al aislamiento, la burla y la cólera; reivindicó el derecho de la conciencia en una hora negra para ella. Y aislada, clandestina, intermitentemente encabezó una propaganda peligrosa. No habló en público: respetó la neutralidad de Suiza. Actuó en la agencia de Prisioneros de Guerra fundada por la Cruz Roja Internacional para buscar a los soldados desaparecidos, ponerse en contacto con la familia de los muertos o

prisioneros, servir de agencia de informaciones y de correo. Congregó en un manifiesto por la Internacional del Pensamiento a numerosos trabajadores intelectuales de ambos hemisferios. En revistas apropiadas, "La Forge", "Europe", continúa su obra.

Se le atacó. Se discutió no sólo su actitud sino su personalidad íntegra; él no contestó personalmente a ningún ataque. Su "Carta a aquellos que me acusan" quedará perennemente en el ejemplario de las más nobles palabras que el impuro ser humano ha dicho. En Francia como en Alemania surgieron sus impugnadores; pero en Francia los más feroces. Henri Massis, Paul Loison, el profesor de la Sorbona Aulard tuvieron triste primacía en esta campaña. Sus escritos, como lo reconoce René Lalou en su "Historia de la literatura francesa contemporánea" llegaban a Francia adulterados, cortados, tergiversados. La censura fué el más feroz de sus enemigos. La calumnia le arrojó su baba que da gloria. Si en los procesos de traición sólo una vez fué mencionado, varios panfletos fueron escritos contra quien no escribió panfletos: "Romain Rolland contra Francia", "Romain Rolland iniciador del derrotismo".

El cantor del heroísmo no cantó el heroísmo de millones de compatriotas. Es que para él el héroe ha de tener ante todo libertad interior. Quien se sacrifica por el impulso, por el prejuicio, por la sugestión, por lo que hay de inferior en el hombre es para él sólo un desgraciado. El sentimiento religioso que otros sienten por la patria, él lo siente por el espíritu, por la humanidad. El mito tiránico de la patria le exaspera en cuanto se refiere a su opresión sobre las conciencias y a su explotación por sus maculados representantes; y al análisis de los elementos biológicos de la guerra y del nacionalismo hecho por Jorge Nicolai ha dedicado un comprensivo estudio que circula en folleto especial.

Después de la guerra ha continuado sus "Vidas" con la Gandhi, pequeño libro que ha divulgado por todo el mundo la magra silueta y el espíritu inasible del apóstol de la no violencia y que acaso contribuyó a que el gobierno de Mac Donald le abriera las puertas de la cárcel. La novela cíclica "El alma encantada" pretende repetir la factura de "Juan Cristóbal" y ya han aparecido dos tomos. Si este héroe varonil afrontaba el problema de la gloria, Ana Riviere, la heroína de la epopeya gemela, afronta el problema de la familia. Los dos tomos publicados se refieren a la libertad de espíritu de la mujer, frente a su unión al hombre, a la entrega sin matrimonio, a la tragedia de las madres sin marido. Como Juan Cristóbal, esta mujer quimérica sufre el maleficio de ideas y fórmulas sociales que han caducado pero que sobreviven;

porque en el mundo social los organismos que llenaron su misión no son como los del mundo vegetal y animal, que se eliminan.

Con ocasión de "El alma encantada" Romain Rolland ha renovado una tesis que defendió desde su iniciación literaria; la independencia del personaje respecto a las ideas del autor. Una vez creado y lanzado a la lucha, el personaje sigue su ritmo propio y el autor no es sino el secretario de sus pensamientos. Curiosa teoría cuyo desconocimiento puede hacer creer en la existencia de grandes contradicciones a través de tan numerosa producción.

A fines de 1924 ha publicado su último libro, que no conozco y que entiendo que se refiere nuevamente a la revolución francesa: "El juego del amor y del azar". (1).

Tiene su departamento de estudiante en Villeneuve, junto al lago Lemán. Sus días transcurren con la belleza serena y verdosa de estas aguas que reflejan la maravilla de un cielo azul y límpido que, como su pensamiento, triunfa de la impureza de todos sus nubarrones y de la violencia de todas sus tempestades. El ambiente, como el clima, es saludable. Se goza, en rara amalgama, de todos los privilegios de las serranías y de la civilización. Hay soledad, libertad y belleza, como en la obra de este asceta. Multitud de montañas — gris y blanco — en lo azul y lo verde del paisaje habitual — lo separan del siglo. Pero desde su cumbre serena otea el tumulto del mundo. Intermitentemente llegan hasta él pasajeros de todas las razas y mensajes de distantes países. Cuando el pensamiento sufre alguna mancilla ruidosa en el mundo, se espera que su voz grave salude a la víctima, sancione la protesta contra la injusticia. Si un valor joven surge con su elogio, adquiere el derecho de no caer en la indiferencia. Su nombre ha pasado todas las fronteras y todos los mares y saber que él vive, reconforta. Tras de la prueba inevitable por el dolor, reconócese como la conciencia moral de Europa. Su autoridad es pura y difícil. Aspira a ser solamente, según su bella frase, el "hermano libre de todos los hombres libres del mundo".

(1) El lector podrá hallar en este número su argumento y una escena en la sección correspondiente.

A d h e s i o n e s

Córdoba, 18 de abril de 1926.

La Dirección de JUVENTAS a Juan Manuel Villareal, director de "Estudiantina".

Al publicarse el número quinto de "Estudiantina" dedicado a Romain Rolland, plácenos adherirnos de corazón a ella, por lo que significa la obra del escritor francés, por lo que representa para la juventud latina, porque es un ritmo más latiendo como un verso, con la rotundidad del pensamiento libre. — *Manuel Rodeiro*, Director.

Córdoba, 17 de febrero de 1926.

Señor Director de "Estudiantina":

En respuesta a su atta. del 14 de enero, me es grato manifestarle: La revista CÓRDOBA aplaude entusiasta la idea de "Estudiantina" de tributar su homenaje a Romain Rolland, el incomparable maestro de la Juventud.

Nadie como él ha vivido sus horas de manera tan fecunda y ejemplar. — *Julio Acosta Olmos*.

Revista ARIEL.

Tegucigalpa, Honduras, América Central.

Mis revistas ARIEL y ACCIÓN CÍVICA, se adhieren a "Estudiantina" para honrar la obra del ilustre Romain Rolland. — *Froylán Turcios*.

La Plata, 6 de febrero de 1926.

Camaradas y amigos de "Estudiantina". — Ciudad.

DIÓGENES.

En su oportunidad llegaron hasta el tonel las noticias del homenaje que se proyectaba rendir a Romain Rolland, y ya entonces contó tan feliz idea la íntima y silenciosa adhesión del Núcleo de "Diógenes". Exteriorizar hoy esa adhesión no puede menos de alegrarnos, máxime cuando media para ello la gentil invitación de quienes, como ustedes, sabrán dar al homenaje toda la latitud que corresponde.

Con la certidumbre de nuestras viva simpatía y augurio de pleno éxito, acepten los saludos y plácemes que, por el Núcleo de "Diógenes", les hace llegar su atto. y S. S. — *Basani*.

Buenos Aires, 30 de enero de 1926.

Señor Juan Manuel Villareal.

Mi buen amigo:

Me pide Vd. la adhesión de la REVISTA DE FILOSOFÍA para el homenaje que "Estudiantina" prepara en honor de Romain Rolland. Es innecesario decirle cuán gustoso se la envió. Para los hombres que entramos a la Juventud con el horror de la guerra, Rolland ha sido el maestro y el guía incomparable. En Rolland escritor no encuentro yo muchas de las cualidades que me son más gratas, pero en Rolland apóstol hay tal ímpetu generoso, tal calor de humanidad, que nadie sabría negarle la simpatía del corazón.

Un abrazo cordial. — *Aníbal Ponce*.

MARTÍN FIERRO.

Señor Juan M. Villareal, Director de "Estudiantina".

Distinguido amigo:

.....

En nombre de mis compañeros de MARTÍN FIERRO, tengo el placer de enviarle nuestra adhesión al homenaje que "Estudiantina" proyecta hacer a Romain Rolland.

MARTÍN FIERRO no puede desoir una invitación proveniente de un grupo de juventud, como el que redacta "Estudiantina", por más que su programa de acción se extienda en otros campos y quiera, deliberadamente, restringirse a cuanto se refiera a las bellas artes, sin desinteresarse, por eso, de aquello que representa vida y lucha de ideas, pero preferiblemente de orden estético, ya que la discusión y examen de asuntos científicos, filosóficos, sociológicos y políticos no entran en su programa.

Por todo cuanto Romain Rolland tiene de acreditado como gran escritor y activo elemento inquietador de la ciencia de los hombres contemporáneos y la simpatía que supo inspirar a la juventud, nuestra adhesión al homenaje de ustedes es un deber, grato por cierto, y que cumplimos.

.....

Saluda al distinguido amigo con sincero afecto. — *Evar Méndez*.

Sr. *Juan Manuel Villareal*.

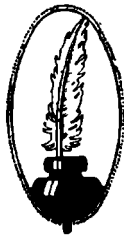
Estimado amigo:

No conteste a su repetido pedido de una página mía sobre Romain Rolland, porque esperaba poder remitírsela. Paso por un período, no sabría decir si de dispersión o de haraganería, y no he hecho nada. No lo atribuya Vd. a desvío por el homenaje que ustedes preparan: escribí largamente sobre Rolland años atrás (el artículo está en la 2ª serie de Crítica y Polémica)) y junto con Gálvez traduje *Clérambault*; además he traducido para "La Vanguardia", capítulos del "Teatro del Pueblo"; admiro, pues, al maestro, y he sabido certificar mi admiración. (Recuerdo también haber usado como texto de lectura, en tercer año del Colegio Nacional, "El Alba", de la Vida de Juan Cristóbal.)

Ya sabe usted que tiene en NOSOTROS una casa amiga, y téngame por su afmo.

Roberto F. Giusti.

Las revistas "Sagitario", "Valoraciones" y "Nosotros" se han adherido también a este homenaje.



INDICE DEL TOMO II

Números 4, 5 y 6

BANCHS Enrique	
Selección de Lecturas - Las gaviotas.....	pág. 43
BALL Lima Guillermo	
Motivos - Quietud de Aldea.....	" 32
BASADRE Jorge	
Romain Rolland - Trozos de un estudio.....	" 114
BASSO Héctor J.	
Algunos deberes de la Nueva generación.....	" 11
Romain Rolland	" 25
BIANCHI Carlos	
Juan Cristóbal	" 89
BOSSE Walter B. L.	
Motivos - Guijarros	" 34
CORTI José Guillermo	
Motivos - Los dos ciegos	" 33
DILLON Juan P.	
Un estudiante (Cuento)	" 15
DIRECCION La	
Al iniciar esta nueva jornada.....	" 3
José Ingenieros	" 5
Homenaje a Romain Rolland.....	" 55
EINSTEIN Alberto	
Carta a Romain Rolland.....	" 100
ERQUIAGA Orlando	
La angustia (Poema en prosa).....	" 22

E. A. P.	
Vida estudiantil - Lacayos	” 39
La juventud estudiantil platense.....	” 39
Fósiles	” 40
Orientar, educar, instruir	” 41
FIGARILLO	
Páginas escogidas de literatura castellana. Nota preli- minar	” 36
GANDHI M. K.	
Romain Rolland	” 101
GIUSTI Roberto F.	
Carta	” 123
HAYA de la Torre	
Carta a los jóvenes de “Estudiantina”.....	” 7
El asesinato de un pueblo.....	” 19
Romain Rolland y la América Latina.....	” 82
HEYSEN Luis E.	
Romain Rolland - Un libre y noble aliado de nuestra generación	” 86
IBARBOUROU Juana	
Romain Rolland	” 57
JIMENEZ Juan Ramón	
Páginas escogidas de literatura castellana - El canto del grillo	” 36
El canario se ha muerto.....	” 37
MARQUEZ Miranda Fernando	
Escorzo de Romain Rolland.....	” 58
PALACIOS Alfredo	
Romain Rolland	” 79
PUCCIARELLI E. A.	
Motivos - Anochecer	” 31
REDACCION La	
Notas y comentarios - Luis María Saraví.....	” 55
RINGUELET Andrés	
Romain Rolland	” 94
RIVAS Eduardo	
Motivos - Sol	” 31

ROMAIN Rolland	
Páginas escogidas - El Teatro Nuevo - Teatro - Del Amor y de la Muerte, argumento, personajes y escena IX	" 103
Carta a Haya de la Torre, con facsímil.	" 113
SANCHEZ Reulet A.	
Nuevos derroteros del arte.....	" 24
Vida estudiantil - Estamos detenidos.....	" 41
SANCHEZ Viamonte Carlos	
Romain Rolland	" 80
SUAREZ Calimano Emilio	
Romain Rolland y la incomprensión francesa.....	" 78
SILVA Raúl	
Hay que mejorarse	" 25
Romain Rolland	" 96
UNAMUNO Miguel de	
Romain Rolland	" 101
VILLAREAL Juan Manuel	
Selección Lírica - Justificación	" 27
La Canción de mi casa.....	" 27
Amiguita lejana	" 28
Romance del domingo	" 29

ILUSTRACIONES Y LAMINAS

KORN Guillermo

Romain Rolland.

LUZURIAGA

Romain Rolland (caricatura).

SARAVI Luis María

José Speroni (caricatura).

SENSANI Guido

Grabado en madera.

Viñetas de A. Elou, Guillermo Korn y Emilio Pettoruti.